CONQUISTA ESPACIO



GENESIS

Lou Carrigan

CIENCIA FICCION

CONQUISTA ESPACIO

BRUGUERA

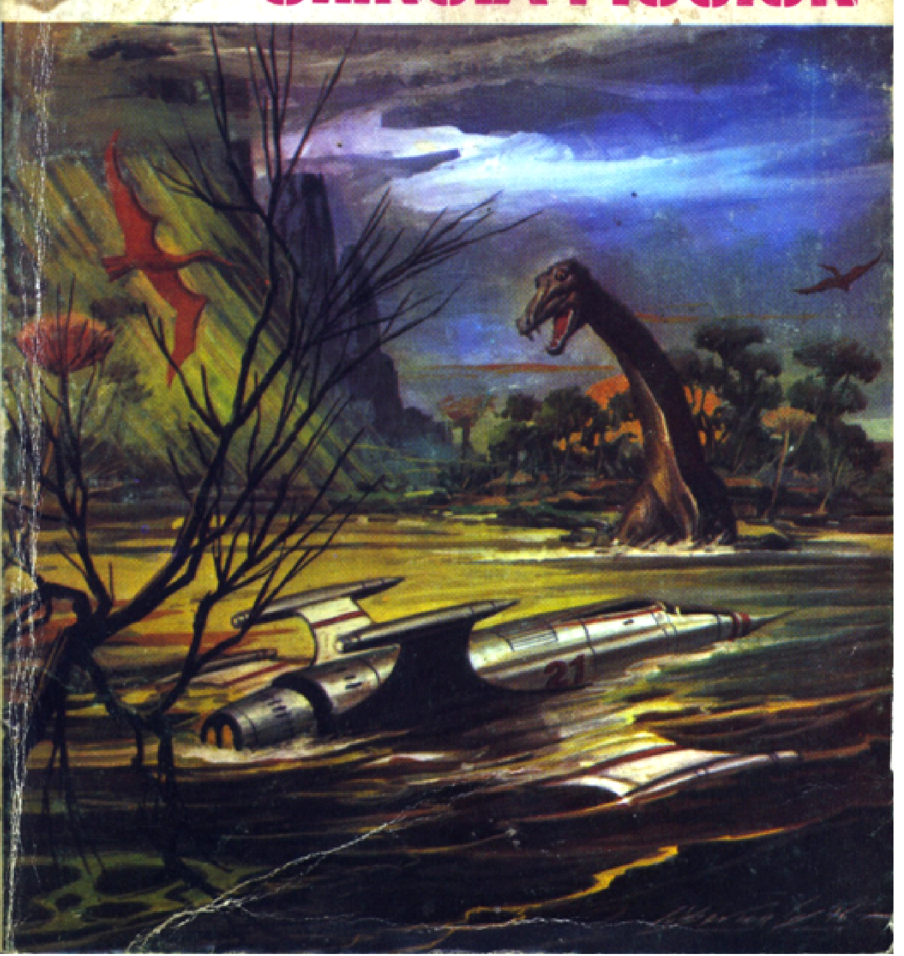
BOLSILIBROS

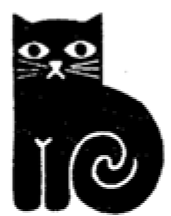
FUTURO

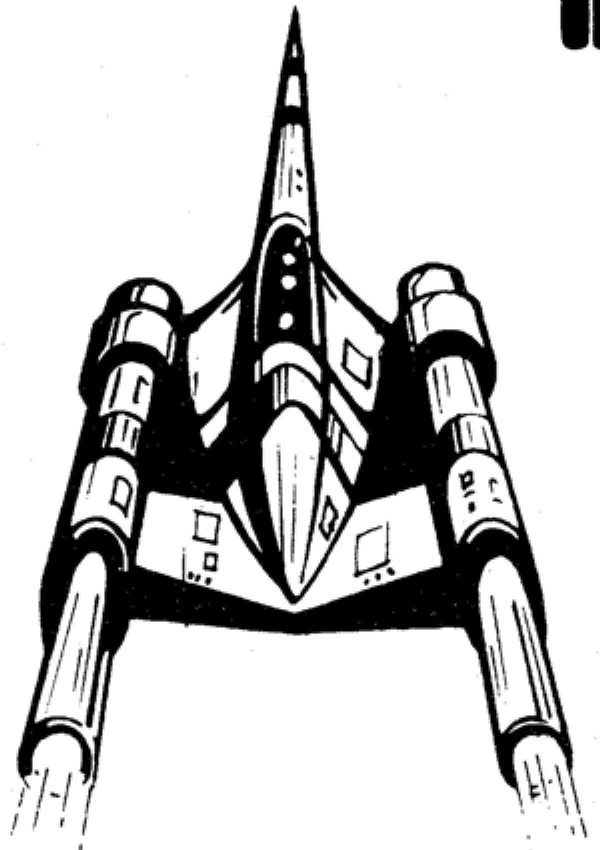
GENESIS

Lou Carrigan

CIENCIA FICCION







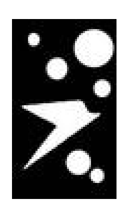
La conquista del ESPACIO

LOU CARRIGAN

GÉNESIS

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 701

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTA - BUENOS AIRES – CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal B 42.668 - 1984

Impreso en España — Printed in Spain

1.ª edición: febrero, 1984

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Parets del Vallès (N-152 Km 21,650) Barcelona

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

1. Los*hijos de Setene,* Ralph Barby.
2. *El planeta de los hombres-toro,* Joseph Berna.
3. *La invasión de los nictálopes,* KelltomMclntire.
4. *Microinvasión.* LawSpace.
5. *El viajero que vino del infinito,* Clark Carrados.

Tres naves circulares viajaban silenciosamente por la negra luminosidad del espacio, formando un triángulo con la base hacia atrás. Alrededor, en la infinidad, el silencio absoluto.

Dentro de la nave que marchaba en cabeza de la exigua formación, ante los sofisticados paneles de controles que abarcaban cualquier posible circunstancia, estaba Taat el jefe de la expedición. Una expedición procedente de la galaxia Waa, y que llevaba lejos de ésta cientos de años, siempre escrutando el universo, siempre a la búsqueda de nuevos mundos.

Lamentablemente, pronto tendrían que regresar a Waa. O eso, o convertir las tres naves en otros tantos gigantescos cementerios. Hacía tanto tiempo que habían partido de Waa que las hembras habían muerto, por lo que ya no cabía posibilidad alguna de seguir teniendo el personal suficiente para tripular las naves.

—Taat —susurró el jefe de controles.

Taat apartó por un instante sus pensamientos, para atender a su controlador principal.

—Dime, Koo.

—Estamos percibiendo una señal de alarma. Llega de muy lejos, pero es real y vigente.

—¿Existe aproximación?

—Indudable: acuden a nuestro encuentro. Posiblemente son los kevos. ¿Desviamos la ruta?

Taat quedó pensativo, regresando al punto donde había sido interrumpido. Puesto que estaban sin hembras y lógicamente no podrían ir supliendo a los fallecidos, llegaría el momento en que no dispondrían de personal para los servicios. Y aunque esto pudiera solventarse recurriendo a los mandos computados, el asunto final era que si no se reproducían dentro de un tiempo, cuando los que ahora ocupaban las naves muriesen, éstas, ciertamente, serían enormes, sofisticados, increíbles… y reales cementerios que se pasarían la eternidad recorriendo el espacio.

—¿Por qué hemos de desviar la ruta? —preguntó de pronto y de mal talante Taat.

Koo le dirigió una breve mirada de extrañeza. —Nosotros disponemos solamente de tres naves, y los censores acusan la presencia de no menos de cincuenta naves enemigas. Diríase que la prudencia aconseja desviar nuestra ruta.

La prudencia, la cordura y la mínima inteligencia, pensó Taat... ¿Qué otra alternativa les quedaba? Presentar batalla era un suicidio, y por cierto que la expedición no había partido de Waa tanto tiempo atrás para suicidarse en el espacio en modo alguno. Taat pensó que debía haber emprendido el regreso a Waa mucho antes; si tal hubiera hecho ahora dispondría de más naves, más personal, más poderío... Claro que si hubiera emprendido el regreso a Waa mucho antes no habría habido necesidad de enfrentarse a los kevos. Mas... ¿Qué objeto habría tenido la expedición si él, como jefe absoluto de ella, hubiera ordenado emprender el regreso a la menor dificultad? Esto aparte, tenía una misión amplísima que cumplir...

Una de las delgadas manos de Koo se movió, señalando con uno de sus siete dedos la pantalla más cercana. Taat vio entonces los puntos de roja luminosidad que comenzaban a destellar. —Los kevos—dijo Koo—.Nos están cercando.

Taat sabía que si abría el visor directo al espacio no vería nada, pues la distancia sería demasiada para cualquiera de sus cuatro ojos telescópicos. Los instrumentos, sin embargo, no mentían: los kevos los estaban cercando, y, aunque de momento la distancia fuese mucha, esto no tenía importancia, pues tanto los kevos como ellos disponían de naves capaces de viajar a velocidades lumínicas. Lo que el ojo no veía ahora podía verlo dentro de muy poco tiempo.

—Está bien—se resignó finalmente Taat—,huyamos.

Koo movió negativamente su enorme cabeza.

—Ya no podemos. Para escapar tendremos que luchar, Taat. Deberemos romper el cerco.

—Pues rompámoslo.

Koo no dijo nada. Simplemente, mandó la orden del combate al resto del personal. Algunos ojos se volvieron hacia Taat, y no expresando amistad, precisamente. Para nadie era un secreto entre los supervivientes de la primitiva expedición waana que Taat se había

excedido en el cumplimiento de su misión: había cumplido las órdenes recibidas y más todavía. Pero, evidentemente, Taat era insaciable, y ahora todos iban a pagar las consecuencias: no solamente tres naves tenían que romper el cerco que formasen cincuenta naves kevos.

Imposible.

En silencio, pero con rapidez y eficacia, los waanos que ocupaban las tres formidables naves se aprestaron a la desigual batalla. Fueron encendidas las pantallas de localización a distancia, se abrieron los visores directos, se prepararon los disparadores energéticos, las tres naves adoptaron una formación un poco más abierta.

Habían aprendido con amarga experiencia a mantener las distancias entre sí. Las primeras batallas que habían librado tras abandonar Waa les habían costado varias naves precisamente por mantenerse demasiado próximas unas a otras: las explosiones de las que eran alcanzadas por los enemigos alcanzaban a su vez a las más próximas, con lo que las pérdidas, al principio, fueron cuantiosas.

A medida que fueron trabando combates en diferentes galaxias aprendieron a mantener las distancias y otras muchas cosas. Pero debían haber aprendido a regresar a tiempo. Es decir, debía haberlo aprendido el insaciable, ambicioso Taat, que siempre quería más, y más. y más… Ahora disponían de muchísima experiencia y grandes habilidades, pero eran solamente tres naves, el personal comenzaba a escasear, no había hembras… Además, ¿qué podían encontrar en el espacio? ¿Qué más podían encontrar que valiera la pena prolongar la ya antiquísima expedición?

¿Qué más podía haber en el espacio que valiera la pena?

—Ahí los tenemos —señaló Koo la pantalla.

Los puntos rojos luminosos eran ahora de tamaño tal que Taat comprendió que se iba a producir el contacto.

Y se produjo. En los visores directos al espacio aparecieron las reflejos de las naves kevos, formando como un anillo de luz alrededor de la formación waana.

No hubo ni avisos, ni treguas, ni consideraciones de ninguna clase por parte de los kevos: simplemente, en cuanto la formación waana estuvo a tiro comenzaron a disparar sus rayos de energía dorada. Inmediatamente, una de las naves waanas fue alcanzada y desintegrada. En un instante, tras convertirse en una gigantesca bola

de luz, desapareció, consumida velozmente toda energía, toda luz engendrada con esa energía.

Las dos naves waanas restantes dispararon a su vez, y por cierto con mayor experiencia que los kevos. puesen un instante el entramado de disparos cruzados alcanzó siete naves kevos, que se convirtieron en nada tras ser energía y luz. Diminutos fogonazos en el espacio que aparecían y desaparecían. Nada en el tiempo, nada en la luz. nada en el espacio: un fulgor que nace y muere.

La segunda nave waana desapareció también muy pocos segundos más tarde, mientras la tercera, precisamente la que ocupaba Taat, pasaba a toda velocidad rompiendo el cerco lumínico y disparando a todos lados, causando estragos entre los kevos.

Como si fuese una chispa desprendida de una estrella, la nave de Taat pasó dejando un rastro increíble de luz, una incandescencia feroz en la negrura eterna. Tras ella, varias naves kevos alcanzadas por sus disparos se convirtieron velozmente en nada. Por delante, la negrura infinita la absorbió, pareció engullirla.

Era tal la velocidad que Koo había ordenado a los navegantes de la nave que hubo en ésta, por una milésima de segundo, una vibración insólita, que jamás los waanos habían conocido. Y esa milésima de segundoque alteró la frecuencia mental de los waanos fue suficiente. Se produjo como un vacío del tiempo, o mejor aún, como una anulación del tiempo. Una milésima de segundo antes los waanos que escapaban sabían perfectamente lo que estaba sucediendo y dónde estaba sucediendo, en qué lugar del espacio. Una milésima de segundo después, tras la rotura del tiempo en sus mentes debida a la vibración de la nave, ya no sabían nada.

El tiempo y el espacio hicieron su propio juego. En sólo una milésima de segundo todo cambió. Una milésima de segundo antes estaban aquí; una milésima de segundo después estaban...

¿Dónde estaban?

Todo parecía igual. Todo parecía lo mismo. Y seguramente todo debía ser igual y todo lo mismo.

Pero no era lo mismo, porque aquella parte del universo era nueva para los waanos. Era una parte que tal vez estaba junto a la parte conocida, allá donde se había librado la batalla. O que tal vez se hallaba a un trillón de milenios luz. Todo parecía igual, todo parecía lo mismo..., pero ni era igual ni era lo mismo.

Era otra parte del universo.

Una parte con estrellas y planetas.

Y uno de estos planetas, uno pequeño, muy pequeño, llamó en seguida la atención de los analizadores de la nave que seguía comandando Taat.

—¿Qué es? —preguntó Taat.

—Un planeta —informó el sabio Took—. Un planeta que contiene vida.

—¿Qué clase de vida?

—Vida inteligente.

Algo parecido a la satisfacción se plasmó en las feas facciones de Taat.

—Entonces, vamos allá.

CAPITULOPRIMERO

—Pues yosoy poeta—dijoAndrés Hernández.

La muchacha le miró atónita.

—¿Qué? —exclamó.

—Que soy poeta.

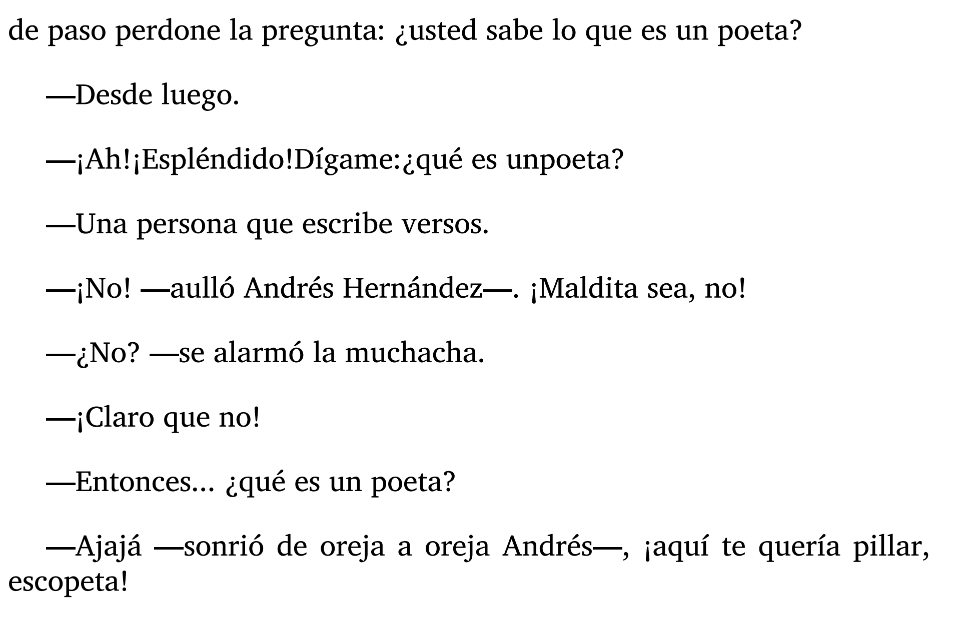
Ella estuvo tres o cuatro segundos mirándole como si, en lugar de haber dicho que era poeta, hubiera dicho que era un diplodocus, y, además, lo pareciese.

—Muy bien, es usted poeta —admitió finalmente—. ¿Y qué?

—Hijita, usted no entiende —se armó de paciencia, bondad y tolerancia Andrés Hernández—: he dicho que soy poeta. Y no creo hablar tan mal el inglés como para que usted no me entienda.

—Le entiendo perfectamente —aseguró la muchacha—: ha dicho usted que es poeta. De acuerdo. Y ahora pregunto: ¿y qué. que usted sea poeta? ¿A quién le importa eso?

—El Señor se apiade de nosotros —rogó piadosamente Andrés—, y


de paso perdone la pregunta: ¿usted sabe lo que es un poeta?

—Desde luego.

—¡Ah!¡Espléndido!Dígame:¿qué es unpoeta?

—Una persona que escribe versos.

—¡No! —aulló Andrés Hernández—. ¡Maldita sea, no!

—¿No? —se alarmó la muchacha.

—¡Claro que no!

—Entonces… ¿qué es un poeta?

—Ajajá —sonrió de oreja a oreja Andrés—, ¡aquí te quería pillar, escopeta!

—¿Qué?

—¡Que estoy loco por ti, morena!

La muchacha pasó del desconcierto a la desconfianza, y acto seguido a la irritación.

—Escuche, señor, yo estoy trabajando, ¿sabe? Y me parece que usted no tiene derecho a molestarme en estas circunstancias. Sea tan amable de dejarme proseguir con mi trabajo.

Se alejó dignamente de él, con aquel caminar que más bien parecía un baile polinesio de lujo. Andrés Hernández, que tenía más imaginación que la luna en noche de fiesta, no pudo apartar los ojos de ella. Era totalmente como si la muchacha llevase una de esas falditas de paja que aparecen en las películas, esas falditas que embellecen el movimiento de las caderas femeninas al caminar…

Será mejor que empecemos por el principio.

Veamos. Andrés Hernández estaba de vacaciones en las islas Hawai, concretamente en Honolulú. Ocupaba una hermosa *suite* en el Colony Surf Hotel, en el 2895 de Kalakua Avenue, ni más ni menos que en Waikiki. O sea, el no va más según los cánones del turismo. Del turismo de altura, del gran turismo internacional, se entiende.

Porque, por ejemplo, parece poco probable que a un polinesio llegue a interesarle visitar España, sea o no sea ésta el país que más

turistas recibe anualmente.

Pero lo seguro es que a un español siempre le atraerán los Mares del Sur. ¿Por qué? Por romanticismo.

Y ahí está la diferencia: en el romanticismo. Vamosa aclarar esto. Si un polinesio sale de viaje de turismose irá a ver rascacielos y porquerías de ésas, ningunade las cuales, seamos consecuentes, contiene la menorpizca de romanticismo. Pero si un español sale de supaís dispuesto a gastarse un montón de esos dólaresque tan carísimos le cuestan... ¿adonde irá? No a verrascacielos, claro que no. ¿Acaso en España no hayrascacielos? ¿Acaso en España no hay putas en tresdimensiones, caviar ruso, champán francés, pieles dezorro de Canadá, comidas chinas, maquinillas de afeitar *made in Hong Kong,* muñecas hinchables hechas enHolanda, y, en fin, trescientas mil virguerías a cuálmás interesante, apetitosa y divertida?

Hay de todo.

Lo que no hay es un sol eternamente alto, y un mar que parece de juguete, porque siempre está enviando miles de diminutas olas. Tampoco hay cocoteros en demasía, y, en fin, tampoco hay nativas de esas que aparecen en las películas con los pechos al aire. Ni tiburones en aguas calmas, ni noches con lunas de color calabaza, ni *luaus* a la luz de la luna... Vamos, que tal mente parece que en España no haya nada de nada y que todo lo que vale la pena esté en otros sitios.

Y no señor. No señor, nada de eso. Porque resultaba que las cosas más bien eran al revés. Al menos aesa conclusión había llegado Andrés Hernández despuésde gastarse más de millón y medio de pesetas viajandopor el ancho mundo. Llevaba de viaje dos meses y pico, se había gastado un fortunón, y no había visto prácticamente nada que alterase su ritmo cardíaco. Hombre, sí, lo de las niñas que hacían filigranas con las bananas en Thailandia era algo que como *show* tenía su gracia, pero humanamente considerado era una hijoputada de las enormes. Luego le había hecho gracia eso de que los japoneses, que se las saben todas, se las arreglasen cojonudamente para comer pescado crudo, que eso sí tiene su gracia y su mérito...

Y para de contar.

Todo lo demás, pues bueno, muy bien, pero Andrés no se había desmayado de la emoción ni una sola vez. Ni en comidas, ni en chistes, ni en paisajes, ni en monumentos, ni en chicas, ni en hombres, ni en nada de nada había que pasmarse.

«Ladies and gentlemen —les había dicho el guía turístico allá en la India—, aquí tienen ustedes el Taj Mahal. *Beautiful, yes!*»

Pues sí, el Taj Mahal no estaba mal, tampoco había que hacerse el grandioso y todo eso, seamos sensatos. Pero bueno, ¿y qué? Si allá, en medio de la cochambrosa India, había un palacio más o menos blanco y más o menos de mármol, ¿a quién cono le importaba?, decidió Andrés. Porque puestos a darse pisto por tener monumentos grandes y apabullantes, si él se llevaba a España al montón de pazguatos admiradores del Taj Mahal los iba a dejar tarados de la mente para siempre mostrándoles monumentos mil hechos de piedra, sudor y lágrimas. Y hasta hechos de amor, arte y voluntad». Y más grandes que el Taj Mahal, se lo crean o no se lo crean los americanos...

La chica.

La chica de los ojos azules, ésa era la cuestión. Todo lo demás eran divagaciones. La chica de los ojos azules. Ah, sí, chicas de ojos azules las hay a montones, claro. A miles. A millones.

Pero ninguna como aquélla, como la polinesia que había hecho trizas el corazón de Andrés Hernández. Había sido algo fulminante. La chica había aparecido en el hotel, y nada más verla Andrés Hernández se había enamorado de ella. Romanticismo. Puro romanticismo, como decíamos antes. ¿Acaso no es romántico enamorarse?

Era increíble: una polinesia morena como la mismísima luna y que tenía los ojos azules. Hasta entonces Andrés había estado viendo de todo, y no vamos a engañarnos, incluso había hecho el amor con varias polinesias de las clásicas, es decir, de esas que llevan faldita de paja, sonrisa de noche caliente, bailes subyugan tes y caderas temblorosas.A ver si uno va a salir a gastarse una fortuna y no va a darle gusto al cuerpo, aunque tenga que pagarlo en dólares americanos...

Porque en las Hawai todo va a este ritmo, a ritmo de dólar americano. Todo lo que quieras, cariño, pero a ritmo de dólar.

Todo, menos la chica de los ojos azules.

- es que sólo había que verla para comprender que no era lo mismo. Ni hablar. Ni llevaba faldita de paja, ni abalorios, ni sonreía como si siempre se estuviese haciendo fotografías para salir en la televisión. Era seria, guapísima, vestía correctamente, con faldita y zapatos de tacón, y además tenía los ojos azules. ¡Chocante!

- hablando de cosas chocantes, ¡qué gracioso aquello que decían de que en el centro de la isla había aterrizado un platillo volante! Es que hay gente que se las piensa todas con tal de hacer reír al prójimo. Y hay gente que se lo cree todo. Incluso lo de un platillo volante...

La chica de los ojos azules. No era muy alta, pero en esto Andrés tampoco se había mostrado muy exigente, pues él no era precisamente un gigante. No, no era muy alta, pero tenía un cuerpo de muerte. Hermoso, terso, duro, prieto, vibrante. Unos pechos altos, rotundos, y unas caderas esbeltas y trepidantes. Y una cabellera larga, negra, ondulada, que parecía como un soplo de viento caliente en la noche. Y la boca, grande, fresca, jugosa. Debía tener una lengua como para comérsela. ¡Y aquellos ojos...! Andrés se imaginó a sí mismo haciendo el amor con la muchacha, y se colocó al borde del síncope.

—Te amo —dijo en perfecto inglés—. ¡Te amo para siempre!

El camarero que pasaba cerca de él en aquel momento se quedó mirándolo con cabreo más que evidente.

—¿Perdón, señor? —masculló.

Andrés lo miró, hizo un gesto como apartando una visión de otro mundo, y, regresando completamente a éste, vio a la muchacha morena de los ojos azules conversando con un matrimonio de edad mediana. Allá mismo, cerca de él, en plena playa de Waikiki.

El sol era hermoso, a qué negarlo. El día era agradable. El mar estaba precioso. Había por todas partes chicas en bikini y monokini, y, a decir verdad, Andrés estaba convencido de que estaba viendo pechos para el resto de su vida. Pero ya, la vida había perdido significado para él. O ella o ninguna. O ella o la muerte por nostalgia de amor.

De modo que se puso en pie, abandonando la confortable tumbona en la playa del hotel, y se fue en pos de la muchacha morena de los ojos azules. Ella estaba conversando con el matrimonio de edad madura, pero Andrés la asió por un brazo y se la llevó a trompicones por la caliente arena.

—Es más —dijo cuando se detuvo, ya apartados de la gente—, no sólo estoy loco por ti, sino que si me dieran a elegir entre mi vida y tu amor elegiría tu amor.

—Escuche, señor —dijo ella—, yo no estoy molestando a nadie, estoy haciendo mi trabajo, y quiero ser paciente con usted. Pero está

empezando a molestarme de verdad, se lo aseguro.

Tenía los ojos azules. Azules, azules, azules... Era polinesia, morena, de cabellos negros, cuerpo de fuego, pero tenía los ojos azules. Toda ella era como una orgía mental. Era para morir de amor. Era joven, guapa, vital, preciosa, hecha de carne y besos.

—Te amo —dijo Andrés—. ¡Te juro que te amo!

Ella estuvo unos segundos mirándole atentamente. De pronto, se echó a reír. Andrés tuvo la sensación de que dentro de él se producían mil terremotos de lavas calientes y tempestuosas.

—Escuche, de verdad, estoy trabajando, señor. No sé qué ha podido creer usted, pero...

—Pero si lo entiendo, nena, lo entiendo —aseguró Andrés—: Tú eres periodista, y has venido a este hotel a preguntar a los clientes qué nos parece eso del platillo volante que ha aterrizado en el centro de la isla. ¿No es eso?

—Sí, señor. Pero usted parece habérselo tomado a broma.

—Que no —protestó Andrés—. Que no, mujer. Te comprendo, entiendo que hayas venido aquí a preguntar eso del platillo volante, pero no entiendo que no hayas ido a ver el platillo. ¿No te habría resultado más práctico?

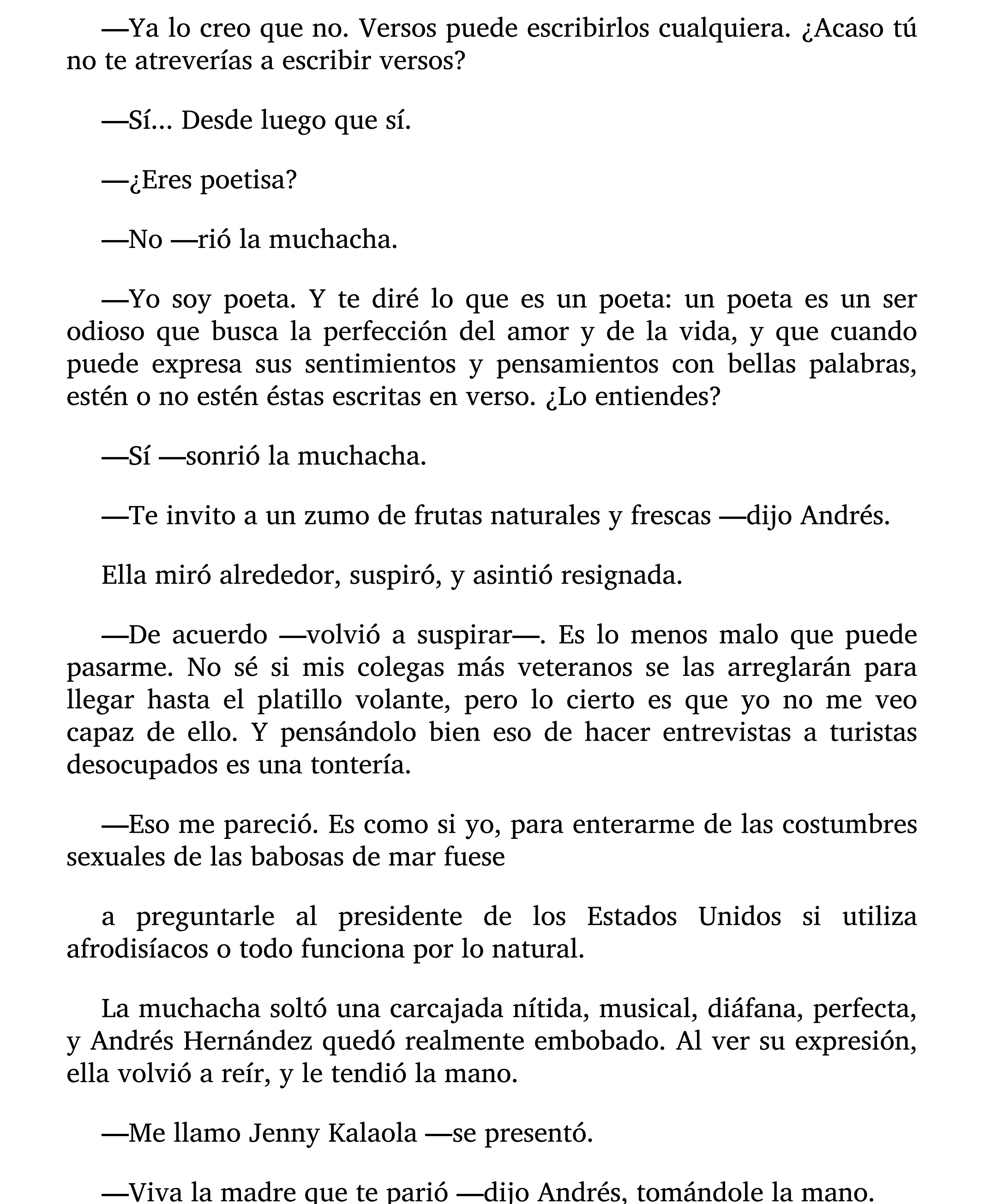
—Los soldados no dejan acercarse a nadie a la zona.

—Ah... Ya. Y entonces tú has pensado que puesto que no podías ir a ver, fotografiar el platillo, y además hacerles una entrevista a los extraterrestres, sería una buena idea venir a entrevistar a zoquetes como nosotros, gente que se pega la gran vida tomando el sol. ¿Correcto?

—Pues..., sí. Había que hacer algo, ¿no?

—Sí, pero no venir a fastidiar a la gente con preguntas necias. Por eso, cuando tú me dijiste que venías a preguntarme por el platillo, y que eras periodista, yo, te dije que soy poeta. Pero un segundo antes, nada más ver tus ojos y tu cuerpo, ya estaba loco por ti. Y ahora voy a hacerte una aclaración: un poeta no es una persona que escribe versos.

—Ya lo creo que sí.



—Ya lo creo que no. Versos puede escribirlos cualquiera. ¿Acaso tú no te atreverías a escribir versos?

—Sí… Desde luego que sí.

—¿Eres poetisa?

—No —rió la muchacha.

—Yo soy poeta. Y te diré lo que es un poeta: un poeta es un ser odioso que busca la perfección del amor y de la vida, y que cuando puede expresa sus sentimientos y pensamientos con bellas palabras, estén o no estén éstas escritas en verso. ¿Lo entiendes?

—Sí —sonrió la muchacha.

—Te invito a un zumo de frutas naturales y frescas —dijo Andrés.

Ella miró alrededor, suspiró, y asintió resignada.

—De acuerdo —volvió a suspirar—. Es lo menos malo que puede pasarme. No sé si mis colegas más veteranos se las arreglarán para llegar hasta el platillo volante, pero lo cierto es que yo no me veo capaz de ello. Y pensándolo bien eso de hacer entrevistas a turistas desocupados es una tontería.

—Eso me pareció. Es como si yo, para enterarme de las costumbres sexuales de las babosas de mar fuese

a preguntarle al presidente de los Estados Unidos si utiliza afrodisíacos o todo funciona por lo natural.

La muchacha soltó una carcajada nítida, musical, diáfana, perfecta, y Andrés Hernández quedó realmente embobado. Al ver su expresión, ella volvió a reír, y le tendió la mano.

—Me llamo Jenny Kalaola —se presentó.

—Viva la madre que te parió —dijo Andrés, tomándole la mano.

—¿Qué?

—Que yo me llamo Andrés Hernández. Beso a usted la mano.

La besó. La besó de verdad, lenta, cuidadosa, fruiciosamente. Fue un beso total, que provocó estremecimientos en la piel de Jenny Kalaola y puso de punta el finísimo vello dorado. Andrés le dio la

vuelta a la mano, la besó en la palma, y luego besó la cara interna de la muñeca. Otro segundo más tarde atrajo suavemente a la muchacha, la besó en la boca brevemente, y dejó deslizar sus labios hacia su cuello. Cuando llegaron a la garganta palpitante de Jenny ésta emitió un grito entrecortado, y retrocedió un paso, exclamando:

—¡Pero qué está haciendo...!

Andrés Hernández sonrió. Y entonces sí que pareció que setecientos mil volcanes entrasen en erupción. Andrés no era guapo, ni alto, ni rubio, ni norteamericano. Era un hombre de treinta años, que sabía cosas de la vida, que estaba dando la vuelta al mundo, que había conocido mujeres de toda clase y que, en aquel momento, había decidido dedicarse a una sola.

Y así lo dijo:

—Estoy besándote a mi estilo para ponerte en órbita hacia mi cama.

—¡Usted está loco!

Andrés Hernández sonrió de nuevo. Sonrió con los ojos oscuros, con la bocaza simpática, con las grandes orejotas, con su amplia frente, su hermosa nariz, su barbilla de feo capaz de derretir el corazón de una piedra.

—Trae acá esa boca, hembra —pidió—, que te voy

a dejar sin labios.

* * *

—Dios mío —dijo Jenny Kalaola—, ¡debo estar loca!

—¿Por qué? —se sorprendió Andrés Hernández.

—¡Cómo que por qué! Ni siquiera sé quién eres, y estoy en la cama contigo.

—Que sí, mujer. ¿No te acuerdas? Soy Andrés Hernández, poeta. Te invité a jugos de frutas, vinimos aquí a tomarlos, y después de eso y de que estuvimos un rato charlando y besándonos tú me dijiste: Andrés, hazme feliz... ¿Lo recuerdas?

—¡Es lo más extraordinario que me ha ocurrido en la vida! —rió Jenny.

—Por favor, no me digas ahora que eras virgen cuando vinimos a mi habitación.

—No, eso no —murmuró dulcemente Jenny Kalaola—, pero me habría gustado serlo para ti, Andrés.

—Eso es lo más extraordinario que me han dicho en la vida —sonrió el español—. Vamos a ver: ¿qué ha pasado?

—¡No sabría explicarlo! —volvió a reír Jenny—. Sé que todo el mundo decía que habían visto aterrizar o caer un platillo volante hacia el centro de la isla esta mañana. Yo quise ir allá, me prohibieron el acceso a la zona, como a todo el mundo, y entonces, en vista de que no podría conseguir nada por ese lado bajé a la ciudad, me metí en Waikiki, y se me ocurrió la idea: ¿por qué no preguntarles a los ricachos qué opinaban respecto a la nave alienígena y todo eso? Me metí en tu hotel, como podría haber entrado en otro, y comencé a hacer preguntas. Y de pronto, tú me dijiste que eras poeta... Luego, ya no sé qué pasó.

—Te convidé, vinimos aquí, y hemos echado media docena de polvos.

—¿Tantos?

—Tú más —aseguró Andrés.

Sorpresivamente, Jenny Kalaola se sonrojó. Lo que no dejaba de ser curioso. Estaban en la *suite* de Andrés, desnudos en la cama, y llevaban horas de sexo y risas. Ya era de noche. En la terraza se veía el resplandor de la luna color calabaza sobre las aguas de Waikiki Beach. No había más luz, de modo que a Andrés le resultaba un poco difícil ver a Jenny, cuya carne parecía copiada de aquel color lunar.

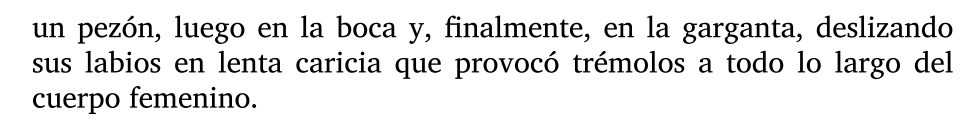
—¿Te ocurre algo? —preguntó Andrés, en vista del prolongado silencio de ella.

—Es que... dices las cosas de un modo... demasiado directo.

—¿He dicho alguna mentira?

—No —ella rió cálidamente—. Eso no. No.

Andrés encendió la luz. Se rompió parte del encanto, pero algo se ganó. Hacía ya rato que no podía ver a su gusto el espléndido cuerpo de la muchacha, y ahora gozó de ello en toda su magnitud. La besó en



un pezón, luego en la boca y, finalmente, en la garganta, deslizando sus labios en lenta caricia que provocó trémolos a todo lo largo del cuerpo femenino.

—Pues yo tampoco sé muy bien lo que ha pasado —dijo, irguiéndose para mirar los hermosos ojos azules de Jenny—, pero no me disgusta estar aquí. A propósito, espero que no estés casada.

—¡Claro que no!

—Y que no tengas hijos.

—¿Es necesario que me hables así? —protestó la muchacha.

—Es que yo tampoco me creo del todo esto que ha pasado. Mira, tú eres la chica más hermosa que he conocido en mi vida, y yo soy más bien feo. Te veo, me enamoro de ti, y te digo que quiero llevarte a mi cama porque te amo para siempre jamás. Y… ¿dónde estamos ahora?

—¡En tu cama! —rió ella.

—Algo no está funcionando bien —frunció el ceño Andrés.

—Pero tú y yo sí estamos funcionando bien, ¿verdad?

—Se me está ocurriendo una cosa en verdad exótica: ¿no serás tú una extraterrestre que ha llegado en esa nave y…?

—¡Dios mío! —se sentó Jenny de un salto en la cama—.¡La nave extraterrestre!¡La había olvidado! Quiero decir que… que había olvidado que tengo que hacer un reportaje sobre ella sea como sea… ¡Andrés, tengo que marcharme ahora mismo!

—¿Adónde?

—¡Tengo que intentar llegar a esa nave, o conseguir algo para escribir un reportaje…!

—Hablemos en serio: ¿acaso te has creído lo de esa nave?

—¡Claro que sí! Lo han dicho en todas las emisoras de radio y televisión, muchas personas la vieron llegar… ¡Tú sabes perfectamente que es cierto que esa nave ha llegado a la isla! ¡Y yo tengo que hacer mi trabajo!

Jenny Kalaola saltó vivamente de la cama, escapando de las manos de Andrés, que se quedó mirándolas como si de pronto le hubieran

desaparecido los dedos. Miró a Jenny, cuyas carnes vibraban todavía con una tersura absolutamente deliciosa. Durante unos segundos Andrés Hernández cerró los ojos, y permaneció inmóvil. Cuando los abrió Jenny le estaba mirando con curiosidad. Era tan espléndidamente hermosa, con sus pechos rotundos y altos, su esbelta cintura, sus palpitantes caderas, su cabellera negra y ondulada, y sus ojos profunda y deliciosamente azules, que Andrés susurró:

—No sé qué es más grato: si verte o recordarte.

—Andrés, tengo que marcharme —murmuró ella.

—¿Crees que de noche conseguirás llegar a esa nave?

—No... No lo creo. ¡Pero tengo que intentarlo! Es mi trabajo..., y quiero hacerlo.

—¿Verdad que Jenny es un diminuto de Jennifer?

—Sí... ¿A qué viene eso ahora?

—Jennifer —dijo seriamente Andrés Hernández—, haces el amor como una diosa. Te amo. ¿Quieres casarte conmigo y venirte a vivir a España?

—¡Lo que quiero es hacer un reportaje de ese platillo volante, sea como sea!

—Entonces iré contigo para ayudarte —dijo' el español.

CAPITULOII

Debían ser las dos de la madrugada cuando Andrés y Jenny llegaron con el Land Rover al límite de lo permitido. Hasta aquí, las cosas no habían representado grandes dificultades para Andrés: un vehículo alquilado y un buen mapa habían sido suficientes para conseguir alcanzar aquella posición, a la que había accedido por una de las rutas de montaña que cruzan las Koolau Range. la cordillera que recorre de norte a sudeste la parte superior de la isla de Ohau.

Allá, en uno de los picos de esta cordillera, se había posado, al parecer, la nave extraterrestre, como si quisiera tener vistas a las dos vertientes de la isla. Y Andrés Hernández había sido bastante ingenuo al creer que buscando caminos insólitos conseguiría acercarse a la nave. Había comprobado que, por insólitos que fueran los caminos, los soldados yanquis estaban allá. Estaban en todas partes, según

acostumbran.

Y, concretamente, estaban ahora frente a él. armados de metralletas, impávidos a las luces del Land Rover, cerrando el camino. El oficial que había acudido comenzaba ya a mosquearse ante la insistencia de Andrés.

—Le he dicho, señor, que no puede usted pasar. Ni usted ni nadie.

—No se puede decir que traten ustedes muy bien a los turistas.

—Puede usted disfrutar de todas las bellezas y delicias de la isla, menos precisamente las de esta parte. Por favor, señor, sea amable: dé la vuelta y aléjese.

—Vámonos, Andrés —murmuró Jenny.

El español dirigió una hosca mirada hacia lo alto del pico cerca del cual habían llegado: el Puu Kaamakua, con una altura de dos mil seiscientos ochenta y un pies, es decir, unos novecientos metros. Allá arriba, resplandeciente hasta el extremo de que parecía que había caído un trozo de estrella, estaba la nave alienígena… Un trozo de estrella que expandía una luz dorada, de gran belleza.

Tal vez, realmente, sólo fuese un trozo de estrella…

—Andrés —le dio un tirón de la manga Jenny—. ¡Andrés!

—¿Sí, mi vida? —la miró el español.

—¡Vámonos!

—Cómo no: en seguida. Adiós, Superman.

El oficial norteamericano apretó los labios, pero eso fue todo. No sería él quien se buscase más complicaciones de las que ya tenía. Antes que el español habían llegado otros espabilados, y sabía que llegarían más durante toda la noche. Por fortuna, en un máximo de tres horas amanecería, y las cosas se simplificarían. Estuvo observando al turista mientras maniobraba para dar la vuelta al Land Rover, y no se movió de allí hasta que perdió de vista las luces rojas de posición.

Camino abajo, Andrés detuvo el vehículo cuando apenas habían recorrido media milla. Apagó las luces y el motor, miró a Jenny Kalaola a la luz de la luna, que ahora presentaba su colorido plateado, y dijo:

—*Aloha,* bella nativa.

—¿Qué haces? ¿Por qué has parado aquí?

—Para hacer el amor, bella nativa.

—¡Andrés, por favor...!

—Ssst. No seas tan escandalosa. Y apéate: vamos a ir a pie hasta esa nave.

—¿Estás loco?

—Lo mismo dijiste cuando te informé de que quería ponerte en órbita hacia mi cama.

—¡Es una cosa diferente! —rió Jenny.

—Sin la menor duda. Si alguien me hubiera dicho que me iba a enamorar de este lugar, y que a los pocos minutos estaría abrazado a la mujer de mis sueños, me habría echado a reír. Cuando te vi, me enamoré, y pensé que una mujer tan hermosísima jamás podría ser mía.Sin embargo,nos hemos amado,¿no es así?

—Sí —murmuró ella..

—Pues si he conseguido que tú me ames, cosa grandiosa, ¡a ver si no voy a poder conseguir llegar a una nave de marcianos!

—Andrés, que esto es muy serio.

—Toma, claro. Ya te he dicho que nos casaremos. Imagínate: una polinesia de ojos azules, un español feo de ojos negros o así... ¿Cómo saldrán los niños? Y a propósito: ¿quiénes te hicieron a ti?

—Un hawaiano puro y una norteamericana rubia —rió Jennifer.

—Hicieron un buen trabajo. Bueno, ¿te apeas o no?

—¿De verdad pretendes llegar a la nave?

—No. Lo que yo pretendo es ayudarte a ti a llegar. Ahora bien, si has cambiado de idea nos volvemos a Honolulú y asunto concluido.

Jenny miró hacia lo alto del pico, donde seguía esparciéndose aquella insólita luz dorada. No tenía ni idea de lo que podía estar ocurriendo allá arriba. Nadie en el mundo podía tener idea de ello. ¿Y

si ella consiguiera llegar, fotografiar a los alienígenas, verlos, observar sus movimientos, la nave...?

—Si los soldados nos capturan podrían encarcelar nos hasta Dios sabe cuándo, Andrés —advirtió.

—¿Quieres intentarlo o no?

—Sí.

Andrés Hernández saltó del Land Rover, lo rodeó, y ayudó a Jenny a descender, abrazándola por la cintura. Antes de depositarla en el suelo la besó en los labios, apretándola fuertemente contra él.

—Si no volvemos a vernos recuerda que nadie te amó ni te amará como yo. ¿Tú sabes lo que quiere decir «tener ojos de gato»?

—No.

—Pronto lo sabrás. Vamos.

La tomó de la mano, se apartaron ambos del camino, y, cuando vino a darse cuenta, Jenny Kalaola estaba ya lanzada montaña arriba. Por delante de ella, siempre tirando de su mano, iba Andrés, que parecía ver incluso cuando se metían entre los helechos gigantes. Luego, más arriba, la densidad de la vegetación decreció. La luna se veía ahora perfectamente, y parecía extender una capa de luz inmóvil sobre la tierra.

En alguna parte, muy cerca, sonaron voces de soldados norteamericanos. Al poco, se oyó el zumbido de un motor, y luego aparecieron tres largos haces de luz que parecieron cuchillos seccionando las sombras. Allá arriba persistía el resplandor dorado. Un fuerte rumor fue creciendo, adquiriendo consistencia. Andrés agarró a Jenny por la cintura, se sentó entre unas matas, y la retuvo a ella sentada en su regazo.

La tierra crujió bajo varios pares de botas, aparecieron pequeños haces de luz indicando el uso de linternas de mano. Respiraciones humanas, pasos, vegetación tronchada.

Durante casi diez segundos un par de botas estuvieron a menos de medio metro de los cuerpos de Andrés y Jenny, que parecían estatuas olvidadas entre la vegetación. Las botas se movieron, el soldado se alejó, las luces buscaron por otros lugares. Todo quedó en silencio.

Jenny Kalaola no podía creerlo.

—No nos han visto —susurró.

—¿Y quieres que nos oigan?

Jenny no dijo nada más. Esperaron casi diez minutos. Luego, ambos se pusieron cautelosamente en pie, y Andrés señaló ladera arriba. Posiblemente había más periodistas intentando algo parecido; unos lo lograrían, otros no, pero Jenny no estaba dispuesta a complicarse la vida, así que allá cada cual con lo que pudiera conseguir.

Casi a las tres de la madrugada vieron la nave.

—Dios bendito —jadeó Jenny.

Andrés pareció no oírla. Estaba realmente fascinado, y por supuesto que había dejado de bromear. Era verdad, había allá una nave sencillamente fantástica, increíble. Tan increíble que cabía preguntarse si no sería una de esas armas secretas que se asegura forman parte de la dotación de los Estados Unidos. Una nave de guerra mantenida en secreto, y que, debido a una avería, había tenido que aterrizar allí aquella mañana, con la mala fortuna de que había sido vista por personas civiles… Por eso los soldados vigilaban la zona y no permitían que nadie se acercase.

—Andrés…

—¿Qué? —miró a Jenny.

—Si disparo el *flash* verán la luz. La verán los soldados… y la verán los ocupantes de la nave. En ambos casos será peligroso.

Andrés asintió. Volvió a mirar la nave. Era enorme, y estaba asentada en una planicie entre dos picos. Tal vez tenía un diámetro de ciento cincuenta metros. Completamente redonda, en forma de disco, disponía de una leve protuberancia en la parte superior; entre esta protuberancia y la base más ancha había como un anillo de luz dorada que se expandía por todas partes. No se oía nada, ni se veía nada más que aquella luz. Mirando hacia su espalda ahora, Andrés Hernández vio gran cantidad de luces abajo, y mas allá las de la ciudad de Honolulú y de sus bases militares.

Si realmente aquella nave era foránea… ¿qué estaba tramando el Ejército de los Estados Unidos?

El español se inclinó hacia el oído de la polinesia.

—Jenny, nunca tendrás otra oportunidad como ésta de salir del anonimato profesional. Dispara esas fotografías.

—Pero nos detendrán, y tú eres extranjero...

—Dispara esas fotos, Jenny.

Ella le miró atentamente durante unos segundos. Luego, sin más, preparó la cámara que todo el tiempo había llevado colgando del cuello, y, finalmente, disparó la primera fotografía.

El susto, el tremendísimo susto, casi los hizo caer sentados a los dos.

No habían estado viendo más que la nave, relativa mente cerca de ellos, con su anillo de luz en torno a la torreta de mandos, pero ahora, al dispararse el *flash,* ambos vieron a los seres que tenían frente a ellos a menos de diez metros. Fue una visión brevísima, pero horripilante, que les arrancó una ahogada exclamación de sorpresa y pavor: cinco o seis seres cuya estatura apenas alcanzaba el metro y medio, delgadísimos, provistos de cuatro brazos, dos cortas extremidades inferiores y una enorme cabeza grotesca en cuya frente nada más había un terrible ojo opaco y blando...

La imagen desapareció, ambos retrocedieron a trompicones, y acto seguido, con el susto cortándole la respiración, Jenny dio la vuelta y quiso echar a correr montaña abajo, pero Andrés la sujetó por un brazo, reteniéndola.

—Espera —susurró—. ¡Espera, Jenny!

—¡No! —consiguió gritar ella—.¡No! ¡Andrés, no!

—Te digo que esperes —gruñó él; y le arrebató la cámara fotográfica—. Yo haré las fotografías si no quieres hacerlas tú.

Todavía estaba hablando el poeta cuando ya disparaba su primera foto. A la luz del nuevo fogonazo apreciaron más detalles de los seres que se acercaban a ellos. No sólo eran enormes sus cabezas, sino que se marcaban en ellas miles de diminutas formas cerebrales, visibles debido a la ausencia total de vello o cabello. Y no tenían sólo un ojo en la frente, sino otro ojo más a cada lado, en el sitio teórico de las orejas. Las manos tenían más de cinco dedos. Y no es que aquellos seres fuesen de color negro, sino que sus indumentarias eran de este

color, aunque fuese imposible apreciar cuál era el material.

Al tercer fogonazo volvieron a verlos, más cerca de ellos todavía. Caminaban despacio, con parsimonia, como si estuviesen dando un paseo. Uno de ellos se había vuelto hacia la nave, de modo que pudieron comprobar, finalmente, que disponían de cuatro ojos, exactamente repartidos alrededor de la enorme cabeza. Tenían lo que debía ser nariz, y una boca delgada y alargada, pero todo esto diminuto en comparación con la

cabeza. Era como si contemplasen una cara humana normal que desde la nariz para arriba portase un gran saco lleno de nudos.

—Oh, Dios mío. Dios mío —gimió Jenny—. ¡Andrés, vámonos.

—¡Espera, Jenny! —dijo uno de los seres.

La muchacha lanzó un grito fortísimo, dio la vuelta, y echó a correr, sin que esta vez Andrés tuviera tiempo de intentar detenerla. Pero algo pasó... Algo extraño: Jenny se detuvo de repente, titubeó, y se desplomó lenta y suavemente.

—¡Jenny! —gritó Andrés, dejando caer la cámara fotográfica.

Corrió hacia ella, y se arrodilló a su lado. Tenía... presentimientos terribles, algo le decía que acababa de perder a Jenny Kalaola, que la iba a encontrar muerta. Y fue al ver su rostro yerto y su boca entreabierta, dorado el rostro por la luz de la nave, cuando Andrés se sorprendió a sí mismo pensando que, en efecto, se había enamorado de Jenny Kalaola.

Percibió la presencia de los seres, y alzó rabiosamente la mirada.

—Acercaros un paso más —dijo secamente— y veréis cómo os hago pedazos.

—Andrés, eres extranjero —dijo uno de los seres.

—Dispara esas fotos, Jenny —dijo otro alienígena.

—La madre que os parió —dijo Andrés.

—La madre que os parió —dijo otro ser cabezudo.

Ahora los veía mejor, recortándose contra el resplandor dorado de su propia nave. Había seis exactamente, todo ellos detenidos ante él, observándole con su ojo frontal.

—A tomar por culo —dijoAndrés,en español.

—A tomar por culo —dijo un alienígena—. ¡Espera, Jenny! Acercaros un paso más y veréis cómo os hago pedazos.

—Oh, Dios mío. Dios mío —gimió otro—. ¡Andrés, vámonos!

La mirada del español iba velozmente de uno a otro ser, que seguían contemplándole, inmóviles. Hablaban con toda naturalidad en español e inglés, utilizando las frases que habían pronunciado con anterioridad Andrés y Jenny.

—El cielo está enladrillado —dijo Andrés—, ¿quién lo desenladrillará? El desenladrillador que lo desenladrille, buen desenladrillador será.

—El cielo está enladrillado —dijo un cabezón—, ¿quién lo desenladrillará? El desenladrillador que lo desenladrille buen desenladrillador será.

El asombro tenía ahora mudo e inmóvil a Andrés. Pese a lo increíble y peligroso de la situación no podía por menos de captar la realidad de la memoria de aquellos sujetos. Una memoria que le pareció sencillamente de máquina, de computadora. Lo que oían lo repetían con toda exactitud. Claro que eso no implicaba que lo entendieran...

Seguía abrazando a Jenny, cuya respiración y latido corporal sentía perfectamente.

«Tengo que marcharme de aquí —pensó—. Tengo que escapar con Jenny...»

Ya no pudo pensar nada más.

* * *

La luz que vio de repente no era dorada. No era una luz extraña por bonita que fuese, sino una luz hermosa y bien conocida. Era la luz del sol.

Llegaba por todas partes, lo inundaba todo. Tuvo la sensación de estar dentro de un recipiente donde sólo hubiera luz solar, de una

magnificencia como pocas veces había visto en su vida. Localizó la procedencia de la luz: un amplio rectángulo situado a su derecha. Se volvió a mirar lo que debía ser una ventana... Una gran ventana donde no había nada de lo que solía verse en una ventana. Era simplemente una abertura encristalada por donde llegaba la luz del sol.

Jenny estaba con él. Al verla sintió que el corazón le daba un vuelco. Yacía a su lado, completamente desnuda, y parecía dormida. Fue entonces cuando se dio cuenta de que estaban sobre una lámina que parecía de cristal, colocada en el centro de una sala de grandes dimensiones en la que no había nada, salvo ellos, la lámina de cristal que les servía de lecho, y la luz del sol.

Puso una mano en un hombro de Jenny. y la sacudió cuidadosamente.

—Jenny —susurró—. Jennifer.

Ella se removió, suspiró, abrió los ojos, le vio y sonrió en el acto, dulcemente. Tendió los brazos hacia su cuello, y entonces pareció recordar algo que no le gustó, porque se sentó de repente sobre la lámina de cristal, lanzando un grito ahogado.

—Tranquilízate —la abrazó Andrés—. No pasa nada. Ya es de día. y creo que estamos dentro de la nave. ¿Cómo te sientes?

—Bien... Creo que bien. ¿Y tú?

—Tengo una sensación extraña en la cabeza, como si tuviera dentro una pequeña burbuja.

—Yo también —ella se apartó vivamente y le mirócon los ojos muy abiertos—. ¡Yo también tengo esa sensación, Andrés!

—Está bien, cálmate. No creo que sea nada malo. Tal vez nos hipnotizaron, o algo así. ¿Recuerdas que caíste sin motivo o causa aparente?

—Sí... Sí. lo recuerdo.

—Yo también me desvanecí, pero no recuerdo cómo ni por qué. Supongo que utilizaron el mismo método para los dos. Lo importante es sentirnos bien, de todos modos.

Jennifer asintió. Se dio cuenta entonces de que estaba tan desnuda como Andrés, y se encogió un poco. Andrés sonrió, y la acarició una

mejilla.

—Estamos solos —dijo.

—No —dijo ella—. No estamos solos. Andrés. Siento que no estamos solos. No hay nadie aquí..., pero no estamos solos.

Andrés asintió. Estaba teniendo la sensación de que compartía su vida y sus pensamientos con algo o alguien. Era como si su ámbito mental se hubiera ampliado; como si. de repente, en lugar de encontrarse en un lugar íntimo con unos pocos amigos gastando las mismas viejas bromas de siempre, estuviera en un gran escenario, haciendo cosas que compartía con otros seres que también hacían cosas que él no entendía. Se llevó una mano a la frente, y la notó normal. Todo estaba igual, todo estaba bien.

—Sé que nos han hecho algo —susurró Jenny—. Andrés, lo sé.

El español se pasó la lengua por los labios, y asintió.

—Vamos —dijo, saliendo de la lámina de cristal.

El suelo parecía de metal, pero no estaba frío. Lo sintieron a su temperatura, de un modo agradable. Jenny se abrazó a su cintura, y señaló hacia el rectángulo por donde penetraba la luz del sol. Se acercaron allá, y sus manos tocaron el cristal, que estaba tibio. Al otro lado divisaron la montaña. Hacia el fondo, abajo, distinguieron parte de la ciudad de Honolulú. Y el mar, azul, hermoso, refulgente.

—No veo soldados —murmuró Jenny.

—Pues yo diría que estamos en el mismo sitio... Quizá no se atreven a acercarse a la nave.

Estuvieron unos minutos mirando hacia el exterior sin ver nada más que montaña y mar. El mismo paisaje siempre, con toda lógica. Ningún soldado, ningún ser vivo. Se sentían como inmersos en un silencio jamás conocido hasta entonces.

Persistió el silencio incluso cuando tras ellos, en un tabique que parecía formar parte inamovible de todo, se abrió un hueco de dimensiones un tanto reducidas para Andrés y Jenny. Los dos se volvieron, y. sin vacilar, se dirigieron hacia allá.

Salieron de la cámara, y se encontraron en un pasillo que se extendía a derecha e izquierda. Frente a ellos y un poco a la izquierda

se abrió otro hueco en la metálica pared. Se metieron por este hueco, quedando dentro de una cabina que pareció no moverse, pero que en el acto se abrió.

Ante ellos, Jenny y Andrés vieron la más sofisticada sala de mandos que pudiera imaginar cerebro humano alguno, dispuesta en forma de arco frente a lo que podía definirse como ascensor. Salieron de éste, mirando en silencio a los seres que ocupaban aquella sala, que atendían aquellos instrumentos. Por encima de éstos se abría, a pleno sol. a plena montaña, una ventana que daba vuelta a toda la cúpula de la nave. Los pequeños y cabezones seres de cuatro brazos y cuatro ojos, con su ceñida vestimenta negra opaca, iban de un lado aotro, mirando con inexpresividad total a las extrañas criaturas que a su vez les contemplaban con tensa atención.

Era todo absolutamente irreal y aterrador, pero Andrés y Jenny se mantuvieron serenos, pese a estar conscientes de su desnudez, de su indefensión total.

—Hola —dijo uno de los cabezones, acercándose a ellos tendiendo una de sus cuatro manos de siete dedos—. Sean bienvenidos a bordo, amigos. Me llamo Taat, y soy el comandante de la nave. Procedemos de la galaxia Waa. ¿Pueden decirnos qué lugar es éste?

CAPITULOIII

Ni por un momento se les ocurrió a Jenny o Andrés tocar la mano del extraño ser. Se acercaron más uno al otro, se abrazaron por la cintura, y le miraron con intensa atención. La sensación de estar inmersos en un sueño o en un estado hipnótico persistía. Aquello no podía ser realidad.

—No teman nada —dijo el llamado Taat, retirando la mano—. Sea lo que sea que pase durante nuestra permanencia aquí siempre resultará beneficioso para ustedes.

Estaba hablando correctamente en inglés, de modo que le entendieron tanto Jenny como Andrés. Fue éste quien preguntó:

—¿Ustedes no saben dónde están?

—No —el extraño sujeto les miraba inexpresivamente con su gran ojo frontal—. Nunca antes habíamos estado en esta parte del universo, ni teníamos noticias de que hubiera estado nave alguna procedente de ninguna de las galaxias conocidas.

—¿No saben lo que es la Vía Láctea? —murmuró Andrés.

—No. ¿Qué es?

—Es la galaxia en la que se hallan ahora. En esa galaxia hay estrellas, soles y planetas. Ustedes están en un planeta llamado Tierra.

Tenía la impresión de que de un momento a otro Taat se iba a poner a reír, se quitaría la careta del disfraz, y todos los presentes reirían la divertida broma. Pero no ocurrió nada de eso. La cosa iba en serio, evidentemente.

—¿Usted conoce bien esta galaxia? —preguntó Taat.

—Regular. Me he interesado por ella, pero de modo corriente, sin profundizar.

—Nosotros tenemos cartas de navegación espacial. ¿Quiere verlas, por favor, y situar la galaxia donde nos hallamos?

—Sí, de acuerdo —murmuró Andrés.

Taat movió la mano, haciendo un gesto para que le acompañaran. Los llevó ante un panel de cristal gris en el que no se veía nada. Taat habló con uno de sus compañeros cabezones, éste se colocó ante un panel de instrumentos, manipuló en él, y la pantalla gris se iluminó. Aparecieron formaciones de estrellas, soles, galaxias enteras... Jenny y Andrés estaban sobrecogidos, y se sintieron todavía más impresionados cuando vieron en la pantalla enormes cataclismos estelares... Era como estar presenciando una película de las que en la Tierra se llamaban de ciencia ficción: aparecía la inmensidad negra del firmamento salpicado de estrellas, y allá, a gran velocidad, sucedían cosas terribles y sorprendentes, todo ello visible a todo color: estallidos de estrellas, de galaxias enteras, enormes masas lumínicas que se apagaban de pronto, tremendos agujeros negros cuya tonalidad era diferente a la del espacio de su entorno, fuegos de colores diversos, estrellas que lucían a intensidades lumínicas sencillamente insoportables, grupos de estrellas gigantes que viajaban por el espacio dejando rastros de fuegos cárdenos, constelaciones que giraban de pronto como en una noria de muerte...

—Dios mío —musitó Andrés Hernández—. ¡Y yo creía saber lo que era poesía!

—Son grabaciones de nuestros archivos de navegación —explicó el cabezudo Taat—: hace mucho, mucho tiempo que disponemos de esta

información. ¿Cuál es la ubicación de ustedes?

—No lo sé —movió la cabeza Andrés—. No veo en parte alguna nada que me recuerde lo poco que yo sé. La verdad es que hasta ahora yo había contemplado las estrellas y el cielo bajo otros puntos de vista menos realistas y más románticos.

—Yo sí entiendo algo —dijo Jenny—, pero no conozco nada de lo que estoy viendo.

—Seguiremos proyectando información —dijo Taat.

Los dos terrestres asintieron, fijas sus maravilladas miradas en el panel, donde proseguían las informaciones a todo color. Era simplemente maravilloso. Pasaron varios minutos; quince minutos, treinta, una hora... No había variación en nada. Estrellas, soles, galaxias, cometas, fuegos espaciales, destrucción de mundos ardientes, formación de constelaciones... Era fascinante.

—¡Esperen! —exclamó de pronto Jenny—. ¡La he visto!

—¿Qué has visto? —se interesó Andrés.

—Creo que he visto la Vía Láctea, su forma... Pero ya no la veo, ha pasado.

Taat dio unas instrucciones, las imágenes desaparecieron. y volvieron a proyectarse, ahora mucho más despacio. Cuando Jenny alzó una mano la proyección se detuvo. La muchacha se acercó al panel, y señaló un punto, apenas nada en el conglomerado estelar. Desapareció toda la imagen, y apareció el punto ampliado.

—Sí —dijo Jenny—, es esto, ésta es la Vía Láctea.

La imagen desapareció, y apareció de nuevo, más ampliada todavía. Luego, apareció ocupando toda la pantalla. Andrés lanzó una exclamación, se colocó junto a Jenny, y señaló el pequeño punto en el conjunto de luces.

—Esta es la Tierra —dijo—. Todos nosotros estamos aquí.

La imagen quedó fija en la pantalla. Taat puso una mano en un hombro del español.

—Ya conocemos el sistema solar —dijo—. Y ahora sabemos que vosotros no acostumbráis mentir. Y es extraño, porque la mentira es

habitual en vuestro mundo. Sois unos seres realmente curiosos: hemos conocido seres de lo más diverso en ciertas galaxias, pero ningunos como vosotros, que podéis obtener comportamientos verdaderos y comportamientos falsos. Sois tan diferentes a las criaturas de otras galaxias que incluso dentro del mismo planeta sois diferentes entre vosotros y os expresáis de modos diferentes. ¿Podrías decirnos algo al respecto?

—Andrés —dijo de pronto Jenny—, están dentro de mí, los siento, sé que ellos están dentro de mi cabeza... ¡Están dentro de la burbuja que noto dentro de mi cabeza!

—No es nada malo —dijo Taat. mirándola—: esa burbuja es sólo la presencia de nuestra mente dentro de la vuestra. Nosotros, los waanos. sabemos de la Tierra tanto como sabéis cada uno de vosotros dos. Pero sabemos, por lo tanto, que lo que sabemos nosotros es poco, y sabemos que puede saberse muchísimo más. ¿Qué clase de seres sois vosotros?

—Somos seres humanos —murmuró Andrés.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que somos los seres más inteligentes de este planeta, los que tenemos el cerebro más desarrollado y perfeccionado.

Taat asintió, y se quedó mirando la pantalla en la que aparecía el sistema solar. Comentó algo en su sistema de sonidos guturales que no tenían el menor significado para Andrés y Jenny. y luego dijo, en inglés:

—Vuestro cerebro es rudimentario e inferior: nosotros vamos a ayudaros a perfeccionarlo y desarrollarlo a fin de que en el futuro estéis verdaderamente capacitados para entender y acatar los designios de Waa. No podemos dejar atrás un planeta poblado por seres incapaces de entender las consignas de Waa.

—¿De qué demonios estás hablando? —preguntó Andrés, de mal talante.

—Vuestra inferioridad es deplorable. Nosotros mejoraremos toda la vida en el planeta Tierra. Nosotros corregiremos vuestras génesis erróneas. Tal vez entonces seáis dignos de formar parte de las colonias de Waa.

—¿Formar parte de...? ¡Escucha, extraño cabezudo, la Tierra no

será nunca una col...!

Andrés Hernández no dijo nada más. Quedó como súbitamente petrificado. Jenny Kalaola gritó asusta da.... y quedó también súbitamente inmóvil, fija su desorbitada mirada en Andrés. Dentro de sus cabezas, la burbuja pareció crecer, crecer, crecer... La sensación llegó a ser espantosa. Era como si su cabeza se fuera hinchando de un modo incontenible e interminable. De repente, ambos tuvieron la sensación de que se producía un vacío negro. Un vacío de muerte, de silencio, de no existencia.

Tal vez —pensaron simultáneamente— aquello fuese la muerte.

Luego no pensaron nada.

Dejaron de existir conscientemente.

* * *

Los primeros en verlos fueron dos soldados situados en el límite de máxima aproximación del cerco montado alrededor de la formidable nave alienígena. Se quedaron atónitos observando a los dos seres humanos que aparecieron ante ellos procedentes, sin la menor duda, de la nave. Era imposible que vinieran de otro lugar.

—¡Quietos! —gritó uno de los soldados, reaccionan do—. ¡Quietos ahí los dos!

El otro les apuntó también con su metralleta. A unos quince pasos de ambos Andrés y Jenny se detuvieron, tranquilamente. Llevaban puestas sus ropas, y todo en ellos era normal y pacífico. Jenny alzó su cámara fotográfica y dijo:

—¡Tenemos fotografías de los extraterrestres y del interior de la nave!

—¡No se muevan de ahí! —aulló uno de los soldados, mientras el otro recurría precipitadamente a su *walky-talky*—. ¡Si se acercan más les vamos a disparar!

—Tranquilo, muchacho —dijo Andrés—. No vayan a cometer ninguna estupidez.

El otro soldado pasaba ya rápidamente la información. En cuestión de segundos alrededor de ellos todo era agitación. Comenzaron a aparecer más soldados, suboficiales, oficiales... Plantados de espaldas a la nave de Waa, Jenny y Andrés observaban con amable curiosidad todos los movimientos de los soldados.

Por fin. un oficial se adelantó hacia ellos, pistola en mano, y preguntó, manteniéndose a unos ocho o diez metros:

—¿Quiénes son ustedes? ¿De dónde vienen?

—¿Quieren dejar de hacer el payaso? —gruñó Andrés—. ¿No ve que somos terrestres? Ella es Jennifer Kalaola, ciudadana norteamericana, y yo soy Andrés Hernández, español, en viaje de turismo poético.

—¿En viaje de qué?

—¡Váyase a la porra! Vamos. Jenny. es de esperar que encontraremos alguien inteligente con quien hablar.

—¡Ustedes no se mueven de aquí! —ordenó el oficial—. No pueden ser lo que dicen, porque nadie ha podido cruzar el cerco de vigilancia que tenemos establecido desde que la nave aterrizó. Por lo tanto, ustedes pertenecen a esa nave.

—¡Qué más quisiéramos! —exclamó Jenny; y se echó a reír—. ¿Verdad, cariño?

—¡Has dicho bien, amor mío! ¡Qué más quisiéramos que ser seres de esa nave!

—¡Levanten las manos! —exigió el oficial norteamericano—. ¡Vamos a registrarlos!

Andrés y Jenny se miraron, suspiraron con resignación, y alzaron los brazos. No sin precaución, y a una orden del oficial, varios soldados se acercaron, y procedieron a registrar meticulosamente a los prisioneros. No llevaban absolutamente nada visible que pudiera preocupar a nadie, y esto tranquilizó en parte a las tropas yanquis.

—Oiga —pidió Andrés—, ¿no podríamos hablar con alguien un poco más listo que ustedes? ¡A ver qué tendremos que hacer para convencerlos de que somos de la Tierra! Si quieren ver a los de Waa lo que han de hacer es dejarnos revelar las fotos, y si quieren saber cosas de ellos sólo tienen que dejarnos hablar... en presencia de alguien

cualificado para escucharnos.

—¿Por ejemplo? —preguntó el oficial, con cierta sorna—. Tal vez les gustaría entrevistarse con un general, ¿no?

—Qué tontería —rechazó Jenny con un gesto despectivo e impertinente—. Lo que necesitamos son gentes de Ciencia, no gentes de armas. En cuanto a armas todo lo que ustedes tienen no significa nada para los waanos. Oiga, capitán, estamos hablando en serio, de modo que todo el tiempo que usted quiera que sigamos perdiendo será bajo su responsabilidad.

—De momento ustedes están detenidos..., aunquesólo sea por haber cruzado la línea de vigilancia queestaba prohibida a todos los civiles. —¿Ve? —dijo Andrés, alzando las cejas—. ¡Eso síme parece que tiene sentido! Incumplimos una orden,desobedecimos una prohibición, y nos van a dar pam-pam al culito. Eso tiene sentido, sí, señor. Pues muy bien: cuando alguien quiera saber algo de todo esto ya nos avisarán.

* * *

Estaban juntos en una de las celdas de Camp Catlin cuando apareció el grupo visitante. Había dos generales, varios coroneles, y media docena de hombres de paisano, algunos de ellos de aspecto muy poco atractivo, pero de evidente interés intelectual. Uno de éstos, el de más edad, un sujeto más bien bajo, delgado, calvo y con una sorprendente y anacrónica perilla, fue el que mostró las fotografías que portaba en un gran sobre, ampliadas a no menos de treinta por cuarenta. —¿Son éstas las fotografías que tomaron ustedes dentro de la nave?

Jenny y Andrés tomaron las fotos, las miraron calmosamente, y ambos asintieron.

—Sí, señor —dijo Jenny—, éstas son las fotografías que yo tomé en el interior de la nave, y que los soldados me robaron junto con mi cámara.

—No se preocupe usted —tranquilizó el sujeto de la perilla—. No se trata de robarle primicias informativas, señorita Kalaola. Sean tan amables de seguir mirando las fotografías y de decirnos si todas ellas

las tomaron ustedes.

—Las tomó ella —dijo Andrés—. Yo no entiendomucho de esto. Siempre me gustó más pintar que hacer fotografías.

Todas las miradas habían convergido en él. Andrés encogió los hombros al darse cuenta de la gran expectación que despertaba, y optó por mirar las fotografías al mismo tiempo que Jenny. En las fotografías aparecían los seres de Waa, diferentes dependencias de la nave, detalles de los aparatos de los paneles... Era una colección perfecta para conocer el interior de la nave, y, por supuesto, también a sus ocupantes.

—Sí —dijo Jenny—, todas estas fotografías las he tomado yo.

—En definitiva —murmuró el hombrecillo de la perilla—: ¿todo esto es cierto, no es un truco de una periodista espabilada?

—Todo esto es real —aseguró Jenny—. ¿Quién es usted?

—Soy Gordon Mc Masters, profesor de Antropología hace muchos años..., y actualmente jefe de los Servicios Externos del Pentágono.

—Servicios Externos —repitió Andrés—. Ya. ¿Eso quiere decir que se le considera la persona más cualificada para atender este asunto?

—Así es. Sin duda usted ha comprendido que lo de Servicios Externos se refiere a ajenos a la Tierra, no sólo a los Estados Unidos. Cualquier cosa... extraña que ocurra, procedente del exterior del planeta Tierra, es de mi incumbencia.

—Perfecto. Pues ahí tiene usted a los waanos. Estoy-seguro de que si va a conversar con ellos le interesará mucho el tema.

—¿Conversar con ellos? Entonces... ¿insisten en que ellos hablan inglés?

—Inglés, español, y cualquier idioma que se les presente. Tienen una memoria absoluta, lo recuerdan todo. Y ni siquiera necesitan escuchar a alguien decir todas las palabras del idioma: les basta introducir una sonda en su cerebro y se enteran de todo cuanto ese cerebro contiene. De todo.

Gordon Me Masters miraba fijamente a Andrés. Cuando éste terminó de hablar el profesor miró a Jenny, que sonreía dulcemente.

—Veamos... Los waanos les permitieron a ustedes entrar en la nave, fotografiarlo todo a su gusto, y luego marcharse tranquilamente. Sin duda tenían un motivo para mostrarse tan sociables, ¿no es así?

—Sí. Sencillamente, desean entablar relaciones amistosas con la Tierra.

—Entiendo. Bueno, el primer paso para conseguir eso sería salir de su nave y conversar con la gente, ¿no les parece?

—Ellos tienen miedo de nosotros, en general. Sus censores indican que nuestra inteligencia media es de un grado pavorosamente inferior, y no pueden realizar contacto sin sentirse lastimados. Es por eso que desean el contacto con mentes privilegiadas de la Tierra. Con los seres más desarrollados intelectual y mentalmente. También desean contacto con las personas de más amplia cultura global, y con las mejores especialistas de las diferentes materias actualmente en primera línea de importancia.

El menudo Me Masters asentía a cada palabra de Andrés, como si las estuviese esperando una por una, como si cada una de ellas coincidiera con sus pensamientos.

—Entendido, señor Hernández. Nosotros...

—Jérnandes, no: Hernández.

—Perdone usted mi deficiente pronunciación de su idioma..., y permítame felicitarle por lo bien que habla usted el mío —Me Masters sonrió—. De todos modos, lo importante es que nos entendamos bien, ¿no le parece?

—Supongo que sí —admitió Andrés.

—Bien... Bien. Hablemos de otra cosa ahora: ¿qué clase de armamento tiene esa nave?

—Sólo dispone de una clase de armamento: energíapura.

—¿Y cómo funciona eso? —preguntó uno de los generales.

—Simplemente, proyectan la luz que engendra esa energía.

—¿Con qué resultados?

—Cualquier cosa que entre en contacto con la luz proyectada se desintegra. Simplemente, se desintegra, se consume.

—¿Cualquier cosa?

—Cualquier cosa —remachó Andrés—. ¿Y usted quién es?

—General Tombs. El —señaló el otro militar— es el general Bryden. El resto de las personas que están aquí forman parte de un grupo que ha sido designado por el presidente de Estados Unidos para atender el asunto; usted los irá conociendo, señor Hernández. Mientras tanto, nos gustaría saber si el propósito de que les dejasen marchar a ustedes con estas fotografías es el de permitir o propiciar que sean publicadas.

—Naturalmente. Los waanos desean que su imagen sea conocida por todos los seres de la Tierra, a fin de que se familiaricen con ellos y puedan relacionarse amistosamente, como ya creo haber dicho.

—Sí. ya han dicho ustedes que desean entablar relaciones amistosas con la Tierra, pero, nos preguntamos: ¿con qué objeto? Evidentemente, los seres de Waa son superiores a nosotros en todo, así que no nos necesitan para nada. Entonces... ¿por qué molestarse en iniciar relaciones?

—Son gente amistosa. Desean ayudarnos.

—¿A qué? —A mejorar.

—¿De qué modo? ¿A mejorar en qué? ¿Con qué objeto?

Andrés Hernández cerró los ojos, y aspiró hondo. Sus labios expresaron por un instante enfado, dureza. Fue un gesto breve y seco. Abrió los ojos, y eso fue todo.

—Tal vez no me ha oído usted, señor Hernández —murmuró el general Tomb—: acabo de preguntarle...

—Le he oído, y recuerdo perfectamente sus preguntasgeneral.

—¿Y bien?

—Estoy seguro de que el profesor Mc Masters le dirá a usted que podemos mejorar en todo. ¿No es cierto, profesor?

—Desde luego —susurró Me Masters—, pero interesaría saber cómo se iba a producir esa mejora y a costa de qué. Usted parece fatigado, señor Hernández. Debería descansar. Nosotros podemos seguir conversando con la señorita Kalaola.

—Yo no podré decir más de lo que pueda decirles Andrés —aseguró Jenny.

—Claro —sonrió el científico—. Es comprensible. Además, ustedes no pueden saber todo lo referente a los waanos, supongo.

—Celebro que lo entienda —gruñó Andrés—. Y realmente me siento muy fatigado.

—Yo también —dijo Jenny—. Estamos todo el día soportando una gran tensión, ustedes tienen que entenderlo. Incluso se nos ocurrió que ustedes podían decidir ejecutarnos.

—¡Qué barbaridad! —se escandalizó Me Masters; acto seguido sonrió afectuosamente, y dio unas palmaditas en una mano a Jenny—. Bueno, bueno, descansen los dos. Y por supuesto vamos a sacarles de aquí. Les proporcionaremos un alojamiento confortable, naturalmente. Y cualquier cosa que deseen no tienen más que pedirla.

CAPITULOIV

Habían ocupado una de las viviendas de los altos oficiales de Camp Catlin, y, tras una satisfactoria cena con champán, habían escuchado un rato música clásica, y, ahora, a la luz de la luna que desde la terraza se esparcía por todo el dormitorio, estaban haciendo el amor.

Es decir, habían empezado a hacer el amor, pero no parecía que las cosas fuesen demasiado bien. Se habían acostado, quedando ambos cuerpos desnudos como bañados en plata. Inmediatamente, Andrés se había colocado entre los muslos de Jenny, y la había penetrado.

—Bien —dijo ella.

—Gracias.

—Bésame en la boca.

—Cómo no.

La besó en la boca. Casi en seguida ella la apartó. y dijo, secamente:

—Lo estás haciendo mal.

—Te estoy besando bien —dijo Andrés.

—Sí, el beso sí, pero has dejado de actuar para proporcionarme

placer sexual.

—Entiendo.

Andrés reposó su cabeza en el hombro derecho de Jenny Kalaola, y se dedicó a satisfacer los deseos sexuales de ésta,actuando conforme a los cánones máscorrientes al respecto. De aquel modo, o parecido, había disparado a la muchacha a la cúspide del placer más de seis veces el día anterior.

Pero ahora las cosas eran diferentes. O parecían ser diferentes, porque Jenny dijo:

—Eres muy torpe. Me estás lastimando.

—Pues antes te gustó así.

—Nunca ha podido gustarme así. Hazlo bien o sal de mí y permite que busque un macho más experto.

—Tal vez sea yo quien tenga que buscar una hembra más sensible y menos exigente.

—Sal de mí ahora mismo. Me estás molestando muchísimo. Retírate de mí, te digo.

—Con mucho gusto —se salió Andrés—. Espero que notendremosnecesidaddevolver arelacionarnos.

—Yo también lo espero. Eres torpe, rudo e ignorante.

—Y tú una frígida exigente.

—Yo no soy frígida.

—Pues yo no soy ni torpe, ni rudo, ni ignorante. Llevo bastantes años practicando el coito, y sé lo que me hago.

—Tal vez yo no he sabido recibirte —replicó Jenny—. Probemos otra vez. si te parece bien.

—De acuerdo.

Volvieron a unirse. Andrés besó en la boca a la muchacha, y al mismo tiempo la penetró. Ella apartó la boca un instante, y dijo:

—Ahora me gusta más. Sigue así.

—Muy bien.

—Sigue.

—De acuerdo.

—Es perfecto.

—Bien. Me alegro.

—No te detengas… ¡Sigue! Oh. sí… Sí. sigue… Para.

—¿Ha sido satisfactorio?

—Mucho. Esta vez sí.

—Bien. Ahora yo, si te parece bien.

—Claro. ¿Te va bien así?

—Sí, gracias.

—¿Sigo?

—Sí, por favor. Eso es… Estupendo. Ya está. Muy bien. Gracias.

Andrés se salió, encendió la luz, y se fue directo al cuarto de baño anexo al dormitorio, sin dirigir ni siquiera una mirada a Jenny. Esta entró en el cuarto de baño cuando Andrés se estaba secando.

—¿Puedo yo ahora? —preguntó.

—Claro.

Andrés salió, encendió un cigarrillo, y se sentó en el borde de la cama. Oyó el rumor del agua. Al poco salió Jenny del cuarto de baño, bellísima en su desnudez, sonriente.

—Me gustaría volverlo a hacer. Andrés.

—Bueno.

El dejó el cigarrillo en el cenicero, se puso en pie. yacudió al encuentro de ella. La abrazó, la estrujó, la manoseó, recorrió con evidente placer las carnes de ella, apretando los pechos, las caderas, la mórbida espalda. Era un deleite increíble, pero ella dijo:

—¿Qué estás haciendo con tanto manoseo?

—Tienes razón. Vamos a lo que importa.

La tendió en la cama y la penetró. Ella dijo:

—Bien. Sigue.

—Conforme.

* * *

Las imágenes aparecían en una pantalla, y las estaban presenciando las mismas personas que porla tarde habían visitado a Jenny y Andrés y otras que se habían añadido al equipo de investigación trasladado expresamente a las Hawai para atender el caso de la nave alienígena.

—Más profundo —dijo Jenny—. Vamos, no vuelvas a fracasar. Te pido que me complazcas más profundamente. ¿Es que no lo entiendes?

—Lo entiendo. Dime si te gusta más ahora.

La penetración tomó mayor impulso.Jenny dijo:

—Ahora sí. Sigue así o no gozaré...

El profesor Mc Masters se puso en pie, se acercó al aparato que estaba recibiendo las imágenes, y lo apagó. Uno de los espectadores suspiró, y dijo:

—Por el cielo, qué cosa tan horrible.

—Bueno —dijo otro—, están realizando el acto sexual, eso es todo.

—¡Qué cono ha de ser todo! —masculló el general Bryden—. Si mi mujer me tratara así en la cama la habría enviado al mismísimo infierno.

—Pues él no es mucho mejor que ella.

—La cuestión...

—Caballeros —cortó Mc Masters—, no es necesario que nos contemos nuestras respectivas vidas y relaciones sexuales. Este «programa» lo hemos preparado solamente para que yo pudiera

demostrarles mi teoría respecto a las dos personas que nos ocupan: no son normales. O si lo prefieren dicho quizá con más propiedad, no *están* normales.

—Es decir, que se hallan ambos bajo un estado hipnótico.

—No,tampoco creo que sea eso.

—¿Pues qué es?

—No lo sé. Si hubiera conocido anteriormente al señor Hernández o a la preciosa señorita Kalaola quizápodría definir mejor su comportamiento, pero en estas circunstancias lo único que puedo decir es lo que yo advertí a ustedes: esas dos personas no se hallan en un estado normal.

Hubo unos segundos de tenso silencio, hasta que el general Tombs, que aparecía muy inquieto, murmuró:

—¿Qué podemos hacer? A mí me preocupa lo de esa parejita gozadora, pero seamos consecuentes: lo que les esté ocurriendo a ellos no tiene importancia con lo que puede llegar a ocurrir si esa gente cabezuda decide atacarnos... Siempre y cuando sea cierto que disponen de un armamento que todo lo desintegra.

—Yo me inclino a creer que es cierto —dijo Bryden—. Y no me parecería sensato provocarlos para convencernos de ello.

—Tampoco vamos a permitir que nos dominen psicológicamente —gruñó Tombs—. Todo podría ser un farol.

—Esto no es una partida de póquer, Roy —gruñó ahora Bryden—. Todos hemos escuchado perfectamente la versión de la aparición y aterrizaje de esa nave. Y no vamos a andarnos con más fantasías, ¿verdad?: no es una nave rusa, ni nada parecido. Es una nave ajena a la Tierra, y me inclino a creer que sus ocupantes son realmente como aparecen en las fotografías que permitieron que el español y la guapísima nos trajeran, para que nos acostumbremos a ellos. En cualquier caso, pensemos en la energía que precisa una nave como ésa para aparecer de pronto, dar una vuelta por encima de la isla en cuestión de segundos, y aterrizar en silencio, con plena seguridad, en esas montañas... Eso lo vieron miles de personas. ¿De acuerdo?

—Claro.

—Insisto en lo de la energía: debe tener un armamento

completamente desconocido para nosotros. Imaginemos que la energía que precisan para viajar la concentran para convertirla en materia agresiva; eso, sin contar con que pueden haberla manipulado de modo que sea mil veces mayor, o transformado de una manera u otra... ¡Maldita sea, tienen esa energía, la tienen! —La pregunta es —intervino suavemente Mc Masters—: ¿qué quieren? Si hubieran llegado docenas o cientos de naves cabría pensar en una invasión por la fuerza, pero no es así; ha llegado una sola nave, se ha posado en esas montañas, y sus ocupantes ni siquiera han salido, que nosotros sepamos. ¿Qué es lo que están tramando?

—Sugiera usted algo —intervino otro personaje—. A fin de cuentas es el más... zorro del grupo, profesor. —No sé lo que quieren —frunció el ceño Mc Masters—. No puedo saberlo con exactitud. Pero de una cosa estoy seguro: sea lo que sea no es nada bueno para nosotros.

—¿Y entonces...? —alzó las cejas Bryden. —Deberíamos jugárnosla —dijo con determinación el menudo profesor—: a riesgo de cualquier terrible represalia yo aconsejo que esa nave sea atacada por todos nuestros medios hasta encontrar uno que pueda destruirla.

—Ese medio, profesor —intervino otro hombre de paisano—, podría ser una agresión nuclear... que terminaría con todo rastro de la vida en la isla de Oahu. —Antes de utilizar ese medio desalojaríamos la isla, naturalmente —exclamó Mc Masters.

—Ya. Pero la isla sería borrada del mapa. —Tenemos más islas, señor Nedlands. Oahu es sólo una de las Hawai. De tenerla a no tenerla van sólo unos millones de dólares en bases y diferentes riquezas que nada significan, realmente, para nuestra supervivencia. Desalojamos la isla y atacamos, eso es todo. —Ustedes están olvidando puntos esenciales, caballeros —dijo el general Tombs—: lo seguro es que noestamos tratando con seres inferiores. Por lo tanto, en cuanto vieran que la isla era desalojada comprenderían nuestras intenciones. Y tienen recursos muy simples para librarse de nuestro ataque atómico: despegar. Eso si no optaban por hacernos papilla antes de marcharse.

—No se marcharán —insistió Mc Masters—. Han venido aquí por algo concreto, quieren algo concreto, y no se irán sin conseguirlo. Pueden trasladarse a otra isla, a cualquier continente, o pueden flotar en cualquier punto de cualquier mar o simplemente pasarse el tiempo describiendo órbitas alrededor del planeta, pero no se irán. Quieren algo de nosotros, o de la Tierra. O quizá, simplemente, quieran la Tierra misma. Se me eligió para que estudiase la situación y diese mi

opinión. Mi opinión es ésta: debemos destruir esa nave cueste lo que cueste. ¿Está bien claro, señores?

Nadie contestó. No hacía falta. Durante unos segundos el silencio pesó en la reunión.

El general Tombs movió de pronto la cabeza, y dijo:

—Si tomamos medidas bélicas que...

La puerta de la sala donde se hallaban reunidos se abrió de pronto, con rapidez pero sin brusquedad. Todas las cabezas se volvieron hacia allí, algunos rostros expresando irritación... pero en un instante la irritación se tornó en sorpresa, y. acto seguido, en alarma mal contenida.

—¿Les ha gustado la función? —preguntó Andrés Hernández, en la puerta.

—Son ustedes unos sinvergüenzas —sonrió Jenny—. ¿Les parece correcto espiar a dos enamorados haciendo el amor?

Ni siquiera se oían respiraciones.Había como un hálito de temor en la sala. Todos estaban comprendiendo lo sucedido: de un modo u otro Andrés y Jenny sabían o habían sabido en todo momento que una cámara de televisión les estaba espiando. Esto podía admitirse, pues la cámara de televisión ha de estar ahí y siempre puede haber un fallo de ocultación. Pero... ¿cómo habían podido saber cuándo se había prescindido de espiarlos, de modo que entonces habían dejado de jugar al sexo, se habían vestido y habían llegado hasta la sala? ¿Cómo habían llegado allí pese a la vigilancia? ¿Cómo habían podido recorrer la distancia sin que nadie les detuviera?

—Dios mío —murmuró Me Masters.

Se acercó a una ventana, que estaba cerrada a cal y canto, y la abrió con fuerte tirón. Normalmente, debía haber entrado el rumor de-la base militar norteamericana. Siempre hay rumor en un lugar así: hombres, vehículos de tierra, aviones que llegan o despegan...

Afuera el silencio era absoluto. No se oía nada, nada,nada...Nielmenor sonidodeningunaclase.

—¿Qué pasa ahí fuera? —preguntó el general Tombs lívido.

—No pasa nada —susurró Me Masters—. Eso es lo malo, que no

pasa absolutamente nada.

—Ustedes tienen muchas cosas que aprender —dijo sonriendo Andrés Hernández—,y nosotros les ayudaremos.

Me Masters fue a decir algo, pero sintió un súbito vacío mental, un insólito frío dentro de su cabeza, que duró un instante. Se quedó inmóvil, como una estatua, fija la mirada en Andrés. Luego, lentamente, se desplomó... al tiempo que les sucedía lo mismo al resto de los reunidos: los que estaban de pie rodaron por el suelo, y lo mismo algunos de los que estaban sentados, si bien algunos de éstos cayeron de cara sobre la mesa y quedaron así, como dormidos.

—Vamosadarunpaseo—dijoJennyriendo.

Salieron del edificio pocos segundos más tarde, y se dirigieron hacia un *jeep* detenido a unos cien metros. El motor estaba en marcha, pero los dos soldados quelo ocupaban parecían estatuas. Andrés los agarró por las ropas y tiró de ellos, arrojándolos sin miramiento alguno al suelo. Por todas partes se veían soldados caídos en diversas posturas. Subieron al *jeep,* Jenny al volante, y se dirigieron hacia la salida de la base. Había más vehículos detenidos, pero con el motor en marchar y sus ocupantes inmóviles. Era como estar recorriendo un gigantesco museo de figuras de cera.

Tardaron muy poco en descubrir que estaban cerca del campo de golf de la base, y, riendo. Andrés le pidió a Jenny que metiera el *jeep* por allí, lo que ella hizo riendo a su vez. Parecían una encantadora pareja viviendo momentos de simpática felicidad. El *jeep* rodaba velozmente sobre la hierba, patinaba, ascendía una loma, pasaba raudamente a otra...

No se oía nada más. Pero sí se veía. Se veían luces por todas partes. Luces de edificios, de faros de automóviles, de barcos anclados en las diferentes radas de Pearl Harbour y en la costa abierta. Y se veía perfectamente la luminaria de la ciudad de Honolulú hacia el este, y la de la población del distrito de Ewa al oeste y al norte, formando un conjunto con los resplandores de Pearl Harbour.

Cuando salieron a la autopista encontraron cientos de automóviles detenidos, algunos de ellos en leve colisión sin consecuencias humanamente lamentables, pues todos los seres terrestres de la zona afectada habían tenido tiempo de reaccionar antes de perder el controlde sí mismos.

En un vehículo estacionado vieron una pareja de jóvenes haciendo

el amor, él sentado en el asiento de atrás, ella sentada sobre sus rodillas. Había más parejas haciendo el amor en aquella zona, que abandonaron para seguir dando vueltas hasta que decidieron ir a

Honolulú.

Aquí todo parecía una extraña pesadilla. Seguía funcionando todo menos los seres humanos. Miles de motores en marcha, luces de colores, cines funcionando, música, restaurantes… Todo estaba como si la fiesta acabase de empezar. Y personas en todas partes, caídas por el suelo, sentadas en bancos, en automóviles, en bares, cines, restaurantes, embarcaciones… Era como un gigantesco decorado increíble.

—Es lo más extraordinario y divertido que recuerdo de toda mi vida —dijo Jenny.

—¿Qué te gustaría cenar? —ofreció Andrés.

—Cocina francesa. ¡Me encanta la cocina francesa!

—A mí no —torció el gesto Andrés—. Los franceses se dan mucho pisto, pero todo es oropel. Mucho ruido y pocas nueces, ¿comprendes?

—¡Andrés! —rió Jenny—. ¡No irás a decir ahora que la cocina francesa no es buena!

—Es exquisitamente relamida, que no es lo mismo que buena. Mucho celofán y pocos bombones.

—Está bien, ¿qué propones tú?

—Lo más sensato: buscar un buen restaurante donde sirvan comida polinesia, o, todo lo más, china. Es mucho más lógico encontrar aquí buena comida hawaiana o china que francesa, ¿no estás de acuerdo?

—Sí —tuvo que admitir Jenny—, tienes razón. ¿Qué haremos luego?

—No sé. Si de mí dependiera seguiríamos haciendo el amor, pues a cada instante estoy más loco por ti. Pero como no depende de nosotros…

—¿Sabes dónde tengo ganas de hacer el amor? —rió Jenny.

—¿Dónde?

—En el mar en un yate.

—Podemos abordar un yate que no sea demasiado grande, y me comprometo a llevarlo mar adentro —dijo Andrés.

—¡Y pasarnos la noche haciendo el amor a la luz de la luna y bajo la brisa del mar! —exclamó gozosamente Jenny.

—Te voy a matar a polvos, Jenny —dijo Andrés—. Te amo tanto que me parece imposible que haya podido vivir hasta ahora sin conocerte. ¡Vamos a buscar ese yate!

—Sí, Andrés —relucieron los hermosísimos ojos de Jenny Kalaola —. ¡Estoy deseando que me...!

CAPITULOV

Amaneció un día espléndido. Jenny fue la primera en despertar, y sonrió al ver dormido junto a ella a Andrés. Ambos se hallaban en la cubierta del yate requisado, desnudos, y cubiertos con un par de *sarongs* que les había protegido parcialmente del fresco de la noche.

—Andrés —lo movió suavemente Jenny—. ¡Andrés!

El despertó, y sonrió al verla. En seguida la abrazó, comenzó a besarla, y, entre beso y beso, dijo:

—Voya terminar de matarte a polvos, Jenny Kalaola.

—Eso quería pedirte —rió ella—. ¡Tengo frío! No debimos quedarnos a dormir aquí fuera.

—Yo te quitaré el frío —aseguró el poeta.

Hacia las diez de la mañana ambos estaban desayunando en el yate, tras haberse quitado el frío mutuamente. Una cosa era bien cierta: sus cuerpos la estaban gozando en grande. Tomaron café sentados en la borda del yate, que Andrés no sabía cómo había llevado más allá de los arrecifes de coral. Habían anclado cerca de Magic Island, delante mismo de Ala Moana Park.

—¿Echamos otro polvo o vamos a dar un paseo por tierra firme? —se interesó Andrés.

—Preferiría descansar un poco —rió ella—. Además,quiero comprarme algunas cosas bonitas. Vamos a la ciudad.

—¿Qué piensas comprarte?

—Cosas que hasta ahora nunca he podido tener, por ser demasiado caras para una periodista principiante. Andrés, ¿qué querías decir con lo de turismo poético?

—Mi intención cuando salí de España era visitar los lugares más románticos del mundo, a fin de escribir luego un libro de poesías sobre tales lugares. Y naturalmente uno de los lugares que siempre me han parecido más románticos y poéticos ha sido las Hawai. El libro se habría titulado «Poetisa Tierra».

—Me gusta —aprobó Jenny—. ¿Lo escribirás?

—Claro. ¡Cuando tenga tiempo! —se echó a reír—. ¡Ahora estoy muy ocupado haciendo el amor contigo! ¡*Aloha,* caliente Jenny!

—¡Aloha

, hombre blanco! —rió Jenny.

Reían los dos de buena gana. Parecía que no tuvieran nada mejor que hacer que reír, de momento. Poco después navegaban hacia la costa. Andrés enfiló el Honolulú Channel, pasando entre Sand Island y los arrecifes. Frente a ellos divisaron la Aloha Tower, y prácticamente quedaron a su pie cuando amarraron el yate en el Honolulú Harbour.

—Podríamos ir al Ala Moana Shopping Center —dijo Jenny.

—Tomaremos un coche.

Podían tomar todos los coches que quisieran, así como motocicletas, bicicletas, camiones... Todo estaba a su disposición. Eligieron uno de los coches que no tenían ocupantes paralizados en su interior, y rodaron por Ala Moana Avenue. riendo. Tenían el mar a la derecha. A la izquierda, la ciudad se iba elevando, y vieron la vegetación del Puu Ualakaa State Park. a más de trescientos metros de altura.

El Ala Moana Shopping Center era algo digno deverse. Todas las tiendas estaban abiertas, y los pasillos estaban llenos de gente que parecía dormir. Algunas tiendas mostraban clientes con dinero en las manos. Una agencia de un banco en el Centro estaba abierta de par en par, y desde afuera se veía la caja de caudales asimismo abierta. Había joyerías a disposición de quien llegara, escaparates que contenían cientos de miles de dólares, tiendas de moda, bares, puestos de venta de animalitos...

El silencio era ahora ultratúmbico.

Hacia la una del mediodía Andrés y Jenny estaban en lo alto de la Aloha Tower, dispuestos a almorzar alegremente unos bocadillos que habían seleccionado a su gusto en diversos sitios. Jenny llevaba un vestido precioso, y lucía joyas que en conjunto no podían valer menos de dos millones de dólares; talmente parecía ella misma un escaparate. Andrés llevaba un traje nuevo, zapatos italianos, corbata británica, camisa made *in Hong Kong* de pura seda china, y de todos los bolsillos le sobresalían fajos de billetes de cien dólares. Los bocadillos eran de salchichas, salmón, caviar y hasta había uno de espárragos. Llevaban cerveza, vino, champán, aguas minerales…

Estaban almorzando y riendo cuando comenzaron a oír el rumor.

Primero fue apenas como algo imaginado, pero muy pronto se fue concretando, lo oyeron ambos perfectamente, y se miraron, sin dejar de comer. En pocos segundos tuvieron la sensación de que el cielo temblaba como bajo los efectos de miles de truenos reunidos. El rumor se fue convirtiendo en una trepidancia retumbante sin fin.

Y aparecieron los aviones.

Jenny y Andrés los miraron, sin dejar de masticar. Había no menos de cien aviones en total, formando escuadrillas. Había enormes bombarderos, y escuadrillas de cazas veloces y de gran maniobrabilidad. Tambiénllegaban grandes helicópteros de transporte, y enormes nodrizas que respaldaban la formación.

—Apuesto a que lo menos han enviado cuatro portaaviones —dijo Andrés—. En cuanto a los bombarderos, deben venir de la costa californiana, o de Midway tal vez.

—Es impresionante, ¿verdad? —comentó Jenny, tras beber una copa de champán.

—Para los terrestres, sí. Ahora comprendo por qué no hemos visto ni barcos ni aviones acercándose a Óahu: cundió la alarma, esta isla ha sido considerada zona peligrosa, y ahora vienen a reconocer el terreno y supongo que a destruir la nave.

—Puedes estar seguro de que en estos momentos todo el mundo sabe lo que está ocurriendo en Oahu. Se convertirá en la isla más famosa de la Tierra, pero a mí, entre unos y otros, me habrán pifiado la noticia: ya no seré la primera en darla, ya no seré quien obtenga el premio *Pulitzer* por las fotografías, ni por el reportaje completo…

—Pero quizá puedas contar cosas que nadie más podría contar —dijo Andrés—. A fin de cuentas, ver a los waanos, lo que se dice verlos y hablar con ellos, solamente lo hemos conseguido tú y yo.

—Es verdad —sonrió Jenny—: sólo nosotros. Andrés, ¿qué pasará si los aviones de la USAF lanzan bombas atómicas contra la nave?

—No lo harán. No van a hacer eso sabiendo que matarían a todos los habitantes de la isla. No lo harán, Jenny. Por el momento al menos utilizarán otro tipode agresión.

Andrés Hernández tuvo razón. Los aviones volaron todos hacia la zona donde estaba la nave de Waa, y en seguida todo vibró y tembló bajo el fragor de cientos, miles de explosiones. El humo y el fuego comenzó aaparecer sobre las Koolau Range. todo pareció convertirse en un gigantesco volcán que rugía pavorosamente. El humo ocultaba los aviones de la USAF en determinada zona. Más allá, el cielo se veía azul pálido, límpido. Era horroroso el contraste.

De repente, apareció la nave waana, enorme, elevándose incólume por encima del humo y del fuego, despacio, majestuosamente.Varios cazas volaron raudos tras ella, atacándole con sus armas convencionales. Y por fin. de pronto, los waanos se decidieron a contestar: delgadísimos rayos de luz que parecieron estrías de fuego en el cielo partieron de su torreta circular amplísima, alcanzaron en un instante varios aviones norteamericanos, y éstos, simplemente, desaparecieron, sin dejar rastro de nada, como si nunca hubieran existido tales aviones. A continuación desapareció un bombardero, luego otro, y acto seguido un avión nodriza se convirtió en una gigantesca bola de fuego que cayó hacia el mar, donde desapareció consumiéndose a una velocidad increíble.

Tan sólo unos pocos segundos más tarde el resto de los aparatos de la USAF habían emprendido precipitada y más que desordenada fuga, hasta el extremo de que dos bombarderos colisionaron en el aire y cayeron al mar envueltos en fuego.

La gigantesca nave inició el descenso, pasó muy cerca de la Aloha Tower. y fue a posarse en Ala Moana Park.

—Luego iremos allá —dijo Jenny—. Ahora prefiero terminar mi almuerzo. Y luego me gustaría hacer el amor.

—¿Aquí arriba? —exclamó Andrés—. ¡Estupenda idea, cariño!

Y los dos se echaron a reír.

* * *

A las cuatro de la tarde llegaron a Ala Moana Park, donde permanecía la nave, con todos sus accesos abiertos. No menos de cien waanos iban de un lado a otro atendiendo el transporte de terrestres paralizados y colocados sobre láminas de cristal que hacían las funciones de camillas volantes. Por docenas, los seres de la Tierra eran trasladados al interior de la nave, y Andrés y Jenny entraron en ésta, sin que nadie pareciera tener intención de impedirles el paso.

Taat apareció ante ellos.

—Estamos consiguiendo gran cantidad de ejemplares —dijo, en su impecable inglés—. Lástima que no pudierais engañarlos, pues habrían hecho venir a Oahu a sus más inteligentes y preparados científicos, y habríamos conseguido así una gran fuente de información. En cualquier caso esperamos obtener la suficiente para la manipulación final.

—¿Cuándo se recuperará toda la gente que hay en la isla? —preguntó Jenny.

—Cuando nosotros lo decidamos, tras obtener resultados.Nointervengáis ennadavosotros dos,¿está claro?

—Sí, Taat.

Andrés y Jenny fueron a la gran sala donde se estaba procediendo a la extracción de información de las mentes de los terráqueos. Hombres y mujeres eran depositados, en grupos de seis, sobre una lámina de cristal sobre la cual se cernían objetivos diminutos de exploración y extracción. Dichos objetivos absorbían el contenido de las mentes humanas, y enviaban la información a una gran pantalla, donde aparecía en forma de signos velocísimos, algunos de los cuales, muy pocos, iban quedando fijos en la margen derecha superior.

—Es increíble —dijo Taat, apareciendo de nuevo junto a ellos—: no sólo no saben nada de nada, sinoque todos saben lo mismo, y todos ignoran tantísimas cosas de la Tierra y de sí mismos que se diría que son ellos y no nosotros los extraterrestres. Llevamos más de doscientas absorciones y ved qué poca información hemos conseguido.

Señaló el extremo superior derecho de la pantalla, donde en aquel momento se añadía otro signo.

—Es ridículo —dijo Taat—. ¡Ridículo! No comprendo que unos seres con esa capacidad intelectual sepan tan pocas cosas. Tampoco tienen disparidad de opiniones ni de conceptos. En realidad, si todos son así, tenemos el trabajo casi hecho. Y me pregunto si valdrá la pena tener una colonia con seres tan mezquinamente desarrollados mentalmente.

—Hay algunos, que llegaron ayer de Washington, que os proporcionarán mucha más información —dijo Jenny—. Son los que estuvieron interrogándonos y vigilándonos con cámaras de televisión.

—Sí —asintió Taat—. Espero que los traigan pronto. Y espero también que hayan aprendido la lección y que no vuelvan a atacarnos.

—Tal vez lo hagan —dijo Andrés—. Si piensan que el peligro es excesivo lanzarán sus bombas nucleares aunque exterminen a todos los habitantes de la isla.

—Sí, sé que lo pueden llegar a hacer —dijo Taat—, pero eso no me preocupa.

El trasiego de seres humanos proseguía. Todo cuanto sabían todos y cada uno de ellos pasaba a la pantalla de la gran máquina de memoria de la nave. Los waanos estaban bastante irritados por la uniformidad y repetición de la información, hasta que llegaron, siempre sobre láminas de cristal que se desplazaban en el aire bajo las órdenes mentales de los waanos, el profesor Mc Masters, los generales Bryden y Tombs. y los demás del grupo. Cuando ellos fueron colocados bajolos objetivos de exploración y extracción en la pantalla comenzaron a sumarse rápidamente nuevos signos que por supuesto, para los seres de Waa contenían muchísima información, la cual, también por supuesto, quedaba instantáneamente asimilada por todos los waanos. En menos de un minuto todos los waanos de la nave sabían todo cuanto sabía Mc Masters y sus acompañantes, tanto en sociología, como en Ciencias Químicas, Físicas, Militares, Humanas…

Taat estaba satisfechísimo, pero, inevitablemente, sucedió que al saber más de la Tierra comprendieron que todavía les quedaba muchísimo más por saber, y que eso no lo conseguirían con los seres de la isla ni con los científicos y militares que ya habían sido exprimidos.

—Entonces, pues —dijo Taat—, se impone conseguir la gente más

informada de este planeta y traerlos a la nave. Pero no sabemos quiénes son los seres más informados. ¿Cómo podríamos saberlo?

—Tal vez nosotros podríamos enterarnos conversando con el equipo que envió el presidente de Estados Unidos —dijo Jenny—. Además, podríamos obtener muchísima información en la Biblioteca. Si vuestras máquinas leen los volúmenes que hay en ella adelantaréis mucho en muchos campos de las ciencias todas.

—Eso haremos —dijo Taat, entusiasmado—. ¡Eso haremos!

—¿Cuál es vuestro objetivo final? —quiso saber Andrés.

—Manipular a los seres terrestres de modo que cuando nosotros nos marchemos de la Tierra ellos queden convertidos en esclavos nuestros. Tenemos en muchas galaxias cientos de lugares donde sus habitantes son colonias nuestras, y con la Tierra sucederá lo mismo. Pero antes debemos mejorar vuestra génesis y vuestra conducta.

—¿En qué? ¿De qué modo?

—Someteremos vuestras mentes a procesos de desarrollo acelerado a fin de que comprendáis mejor todas las cosas y estéis en condiciones, por tanto, de servirnos mejor. Anularemos totalmente vuestras voluntades, pero incrementaremos vuestras inteligencias. Imaginaros que vosotros hubieseis podido conseguir en vuestros perros la inteligencia de vuestros sabios: ¿no os habrían servido entonces mucho más y mejor en todos los aspectos? Pues eso es lo que Waa hará por vosotros: seréis una colonia de seres dependientes de Waa, sin voluntad ni deseos propios, pero preparados para alcanzar altas empresas que ahora son insospechadas para vosotros. En suma: Waa hará de vosotros seres genéticamente nuevos, genéticamente mejores. Dejaréis de ser como erais y seréis de otro modo mejor. El Hombre como es y ha sido hasta ahora desaparecerá, porque nosotros dejaremos sobre la faz de este planeta seres nuevos, seres superiores, seres dóciles y pacíficos.... seres hechos a la medida de las colonias universales de Waa.

Andrés y Jenny no contestaron,no reaccionaron. Pareció talmente que algo no estuviese funcionando en ellos, que sus circuitos no hubieran comprendido el concepto expresado por Taat. Miraban el ojo frontal de Taat. y se venían en él, como en un espejo. Se veían, pero no se reconocían. Veían unos seres con determinada forma física, pero no sabían qué veían, ni sabían que todo lo que estaban haciendo y diciendo era lo que Taat y sus manipuladores especiales de la gran

nave querían que hicieran y dijeran. Ni siquiera se daban cuenta de que, por un proceso que desconocían, eran robots que no sabían que eran robots, robots que estaban comportándose conforme a un caprichoso programa que se les había impreso como una prueba preliminar para el manejo de seres humanos ya conscientes ytotalmente controladosNo sabían que eran como muñecos que funcionaban con cuerda.

Y, sin embargo, en alguna parte de ellos las palabras pronunciadas por Taat alcanzaron un punto donde produjeron desconcierto, rebeldía y hasta un desconocido dolor físico. Dentro de ellos se produjo un choque que les privó de cualquier reacción, mientras Taat los observaba con creciente interés.

—Vosotros dos —dijo— me estáis resultando especialmente útiles, así que por el momento os mantendré en este estado de control simple. Ahora venid, y veréis los resultados de las primeras transformaciones genéticas. Los seis primeros ejemplares ya están listos.

Jenny y Andrés siguieron a Taat hasta la sala donde se había procedido a la transformación. En la camilla de turno había cinco hombres y una mujer, tendidos. Sobre ellos, seis delgados haces de luz roja que brotaban de una diminuta máquina alcanzaba sus frentes y ponía en ellas un resplandor.

El asombro hizo mella en los robots llamados Andrés y Jenny al ver cómo las frentes de los seis sujetos del experimento se dilataban; talmente como un pastel en el horno que sube y aumenta de tamaño, así se hincharon sus frentes, no menos de dos pulgadas cada una. De sus rostros y cabezas desapareció de repente todo vello, que cayó como moho podrido al límite. Y por último, mientras los cuerpos sufrían contracciones que parecían de dolor, cada una de las doce manos se transformó con el crecimiento del sexto dedo.

—En este momento —dijo Taat— cada uno de estos seis seres ha dejado de ser genéticamente como era, como sois vosotros, y acaba de recibir toda la información que nosotros tenemos recogida hasta ahora; desde la pantalla de absorción y acumulación toda la información ha pasado a sus mentes, de modo que ahoralos seis son genéticamente idénticos entre sí y saben exactamente las mismas cosas y reaccionarán exactamente igual ante cualesquiera situaciones. Cada uno de estos seis seres, al igual que los que a partir de este momento iremos programando y genetizando, son máquinas perfectas provistas de grandes conocimientos, que, como ellos mismos y sus

descendientes, estarán para siempre al servicio de Waa. Observad.

La proyección de los delgados haces de luz roja finalizó bruscamente y, en el acto, las seis personas manipuladas salieron de la lámina de cristal, miraron las seis a Taat y, sin que mediara sonido alguno entre ellos, abandonaron la sala, para regresar a los pocos segundos conduciendo láminas de cristal flotante ocupadas por más seres humanos, que fueron colocados donde poco antes habían estado ellos. Los haces de luz roja comenzaron a funcionar de nuevo...

—Y así —dijo Taat—, hasta que todos los seres de la Tierra hayan sido manipulados, programados, gene-tizados de nuevo. Cada día será más fácil la labor, pues los ya programados la irán realizando, irán programando ellos a su vez a los demás. Y así, cada vez habrá más seres idénticos absolutamente en todo. Atended bien: ¡la perfección de seres vivos al servicio de Waa y para vuestro propio beneficio al estar más evolucionados sin etapas transitorias!

—No —dijo Jenny—. ¡No! ¡NOOOOO!

—Claro que no, so hijoputa —masculló Andrés, disparando su puño derecho contra la enorme cabezota de Taat.

Ciertamente, de haberle acertado habría matado alalienígena, pero, de modo sorprendente, el cuerpo de éste desapareció del lugar, se trasladó en un instante unos cuantos metros más atrás, fuera del alcance de Andrés, que perdió el equilibrio y miró al waano con expresión desorbitada por el asombro y la furia.

Casi al mismo tiempo que empezaban a sentir la dolorosa sensación de una burbuja hinchándose en su cabeza oyeron la orden tajante de Taat:

—¡No los matéis a ellos!

La dolorosa sensación desapareció tan rápidamente como había aparecido, y ambos sintieron un mareo; cuando vinieron a darse cuenta estaban sentados en el suelo, perdida la noción del tiempo y de los hechos. Andrés sacudió la cabeza, y vio a Taat lejos de su alcance. Dos waanos estaban muy cerca de él y de Jenny. Alrededor de ellos todo proseguía según los planes de Taat, que no parecía conceder importancia alguna a la intemperancia del español.

Este se puso en pie, tendió la mano a Jenny, y, de pronto, echó a correr.

—¡Es perfecto! —oyeron la expresión de Taat—. ¡Así comprobaré el buen estado de los demás colonos!

Sin tan siquiera entender lo que Taat había querido decir con esto Jenny y Andrés abandonaron la estancia, desapareciendo de la vista de los waanos allí concentrados.

—Kaak —llamó Taat a uno de ellos—, ocúpate de genetizar rápidamente ciento veinte terrestres y envíalos en persecución de Andrés y Jenny. No quiero que los maten, sólo quiero que los vayan acosando para estudiar sus reacciones en el receptor individual.

—De acuerdo —asintió Kaak.

Taat iba a seguir dando instrucciones cuando recibió la llamada telepática de Koo. Dejó, pues, a Kaak encargado de la labor que conocía sobradamente, y fue a reunirse con Koo en la torreta de mandos. Koo le miró, y en seguida señaló la pantalla en la que destellaban seis puntos.

—De nuevo los kevos —dijo—. Llegan en seis naves.

—¿Solamente seis?

—No detectamos más. Debieron perdernos en sus controles, y se dividieron en grupos para seguir buscándonos. Es extraña esa insistencia total para eliminarnos a unos cuantos de nosotros: el hecho de que destruyan nuestra nave y nos exterminen a nosotros dentro de ella no significará nada a efectos generales en cuanto a los poderes de colonización universal por parte de Waa.

—Quizá de un modo especial tú te has ganado el odio de los kevos —sugirió Koo—. Después de todo eres el más antiguo comandante colonizador waano, y no se puede decir que te hayas privado de darles grandes disgustos alos kevos enmuchísimos aspectos.

—Eso es cierto —admitió Taat—. Bien, como sea, el hecho cierto es que de nuevo los tenemos cerca, y, ciertamente, no vamos a permitirles que se salgan con la suya de exterminarnos. En este sentido no quiero concederles la menor oportunidad, de modo que no presentaremos batalla. Nos esconderemos.

—Ellos saben que nosotros estamos aquí. Lo saben tan bien comonosotros sabemos que ellos vienen.

—De todos modos nos esconderemos en el cráter de un volcán, y

sólo saldremos cada vez que se nos ponga a tiro directo una de sus naves, sin el menor peligro para la nuestra. Tenemos sobre ellos la gran ventaja de que conocemos la isla a la perfección gracias a nuestras absorciones de información. Si nos buscan por aquí para luchar llevarán las de perder; si nos buscan por el resto del planeta tendrán que luchar con el poderío atómico de los terrestres, y... tal vez éstos les den motivos para arrepentirse de haber venido.

—Siempre fuiste el más astuto, Taat. Se hará como dices.

Minutos más tarde la nave waana abandonaba Ala Moana Park en busca de la boca apagada de un volcán lo suficientemente grande para descender a ella con la enorme nave.

CAPITULOVI

Todavía corrían por Ala Moana Park, extrañados de que nadie les persiguiese, cuando oyeron el levísimo zumbido, y, al volverse, vieron la nave elevándose suavemente. De repente pareció empujada por un poderosísimo viento que la empujó hacia las montañas, y la perdieron de vista. Fue talmente como si se esfumara.

Durante unos segundos ninguno supo qué decir. Por fin, Jenny murmuró:

—Tal vez hayan decidido marcharse.

—¿De la Tierra? Claro que no —rechazó Andrés—. Sea lo que sea que estén haciendo es algo que les conviene a ellos, no a nosotros.

—Ha sido horrible —Jenny se llevó las manos a 1a cabeza—. ¡Nunca había sentido un dolor tan grande. Andrés!

—Yo tampoco. Quizá nos hayan colocado algo dentro de la cabeza; algo mediante lo cual pueden presionar nuestro cerebro de modo que sofoquen nuestras ideas o pensamientos individuales..., algo que incluso puede matarnos a gusto y deseo de ellos.

—Yo tuve la sensación de que algo se hinchaba dentro de mi cabeza. Sí. quizá nos hayan colocado algún pequeñoaparato. ¡O quizá nos sometieron a los efectos de esos rayos de luz de sus máquinas!

—¿Te sientes normal ahora?

—No... No del todo. Tengo... sensaciones raras. Es como si a ratos pudiera pensar y a ratos no.

Andrés asintió, y la abrazó.

—Han hecho algo con nosotros, eso es seguro. Yo nunca había hecho las cosas que he hecho el día de hoy.

—Y a mí nunca me habían gustado las joyas —dijo Jenny—, y mírame ahora: ¡parezco el escaparate de una joyería! Y hemos robado toda una serie de cosas. y nos hemos mostrado insensibles a todo... ¿Qué va a ser de nosotros?

—No lo sé. Pero te aseguro una cosa: esos bichos raros lamentarán haber venido a interrumpir la luna de miel de Jenny y Andrés.

—¿Acaso nos hemos casado tú y yo? —rió Jenny.

—Explícame qué diantres tiene que ver casarse con la luna de miel.

—¡Andrés, no estarás pensando en...!

Un rumor extraño sobresaltó a Jenny. que calló repentinamente, y miró alrededor en busca de su procedencia. Andrés hizo lo mismo, ambos olvidados de repente de sí mismos y del placer que experimentaban uno con otro.

—¿Qué ruido es ése? —susurró Andrés.

—No sé, pe-pero es... es escalofriante...

El rumor se iba acercando. Por momentos parecía el rumor dé una gran cascada de agua y por momentos el gruñir de un grupo de fieras, o el zumbido espantoso de millones de insectos gigantes...

Los primeros seres humanos aparecieron a unos cincuenta metros de ellos, de pronto, por entre unos arbustos de flores. Jenny y Andrés estaban como clavados al suelo, muy abiertos los ojos por la sorpresa y el súbito temor. Varios de los seres humanos genetizados movieron sus cabezas ahora desproporcionadas, y los señalaron en silencio con sus manos de seis dedos. Inmediatamente, toda la turba, más de cien, se encaminaron ominosamente hacia la pareja.

Eran ellos quienes producían el rumor, que procedía de sus vientres enfurecidos; era como el rugir del vientre de un animal hambriento. No hablaban, ni gritaban, ni gesticulaban... Parecían incapaces de expresar emoción alguna, pero absolutamente determinados a hacer algo con Andrés y Jenny, y ambos terminaron por comprenderlo así, respingando.

—Oh, Dios mío —gimió Jenny.

—Corre —jadeó Andrés—. ¡Corre, Jenny!

La tomó de la mano y de nuevo echaron a correr. Había gente caída en todas partes por Ala Moana Park, pero nadie reaccionaba, nadie despertaba del sueño paralizante. Solamente, tras ellos, persistía el rumor de la turba de genetizados, que los perseguía sin desánimo y sin prisas. Producían la horrible sensación de que pretendían alcanzarlos por agotamiento, de que iban a dejarlos correr hasta que cayeran reventados, y que sería entonces, sin emoción alguna, cuando los alcanzarían y... ¿Y qué? ¿Qué pretendían, qué harían con ellos, qué órdenes habían recibido de sus amos, los waanos?

Alcanzaron AlaMoanaAvenue delante del Shopping Center, y Andrés señaló uno de los vehículos estacionados en el aparcamiento. Tuvieron que buscar uno abierto, y entonces Andrés se sentó al volante, dio el encendido por el procedimiento de arrancar los cables y hacer el contacto directamente, y arrancó.

— Nos perseguirán también en coches —dijo Jenny—. ¡Nos perseguirán también en coches, Andrés, y tarde o temprano nos alcanzarán! ¡No vamos a poder salir de la isla!

—¿Sabes pilotar un helicóptero?

—No.

—Yo tampoco. Sería la solución... ¡O quizá deberíamos abordar un yate y alejarnos en él de la isla! Las demás islas deben estar libres de este horror.

—Estamos muy cerca de Yacht Harbor. ¡Gira hacia la derecha después de pasar ese hospital!

Andrés obedeció, continuó luego unos pocos segundos en la nueva dirección, y vio en seguida las formas de numerosos yates anclados. Un yate sí sabía manejarlo él, y. ciertamente, era una buena solución para escapar. ¿Cómo era posible que no se les hubiera ocurrido antes escapar en el yate en el que habían pasado la noche? La comprensión de que en aquellos momentos ya estaban bajo el control de los waanos les causó honda depresión.

Y todavía experimentaron mayor depresión cuando, tras detener el coche frente al muelle atestado de yates, y reflexionar unos segundos, Andrés expresó la idea de los dos:

—Tal vez también ahora estamos haciendo lo que ellos quieren que hagamos, Jenny..., pero nos dejan creer que estamos haciendo lo que nosotros queremos hacer.

—No —se resistió ella—. ¡Debe haber algún momento en que nosotros seamos nosotros!

—Quizá nos dejen creer eso, pero no sea cierto.

—¡No! ¡Andrés, no me digas eso! ¡NO!

El la miró de soslayo, y no dijo nada más. No quiso causarle mayor depresión, pero... ¿cómo admitir que unos seres que los tenían controlados les permitieran hacer cosas dictadas por su voluntad, cosas que podían perjudicarles a ellos de algún modo? ¿En qué clase de monstruos los habían convertidos los waanos?

De nuevo les llegó el rumor de los genetizados, y se miraron, sin prisas, con menos sobresalto que antes.

—Será mejor que busquemos un yate para escapar —susurró Andrés.

La depresión les producía una gran apatía. Salierondel coche, y vieron a los genetizados avanzando con escalofriante determinación hacia ellos. Un pequeño grupo se desvió hacia el borde del muelle, cubriendo aquel área, y Andrés se estremeció al comprender que ellos sabían que pretendían escapar por mar, y les cortaban el camino.

Una vez más tomó la mano de Jenny y echó a correr. Por fortuna, la bella periodista era ágil y estaba bien entrenada, y podía correr prácticamente al ritmo del español. Corrieron hacia uno de los pasillos del embarcadero, pero, al otro lado, varios genetizados se lanzaron al agua para cortarles el paso hacia los yates de aquella parte. Regresaron a toda prisa, y casi chocaron con la masa de genetizados, que tendieron los brazos hacia ellos. Jenny gritó. Andrés empujó rudamente a los primeros, y escaparon rozándolos. Proseguía aquel rumor de colmena, de bestias hambrientas.

En el siguiente pasillo aparecieron más genetizados, saliendo del agua. Era espantoso ver seres humanos con aquel nuevo aspecto, hinchadas sus frentes, y las manos de seis dedos tendidas hacia ellos como garras...

—Andrés —jadeó Jenny, deteniéndose—. Andrés, nos están... nos están rodeando, no vamos apoder... escapar... de ninguna manera...

La desorbitada y desesperada mirada del español se posó sobre un agente motorizado de la Patrulla de Caminos, caído cerca de su vehículo. Corrió hacia él, le quitó la pistola, y apuntó hacia el grupo de genetizados que les cortaba el paso hacia el yate elegido.

¡Crack,crack,crack!,sonaron los tres disparos.

Dos de los genetizados se tambalearon, uno de ellos terminó por caer, y el resto tuvieron un momento de indecisión que los perseguidos captaron claramente. Sin necesidad de cambiar impresiones al respecto ambos corrieron hacia ese momentáneo hueco, y cruzaron por entre el grupo, empujando a unos y otros. Varias manos les alcanzaron, y arrancaron jirones de ropas de Andrés y Jenny, y algunas de las joyas que ésta lucía saltaron destrozadas...

En cuestión de segundos habían alcanzado el yate, pero tras ellos llegaron algunos perseguidores, tenaces como fieras. Junto a la borda había un montón de objetos y equipo para bucear, y Andrés agarró un fusil de aire comprimido y un cuchillo, y tiró éste hacia Jenny.

—¡Corta las amarras! —gritó.

Se acercó a la borda, que comenzaba a ser alcanzada hacia popa por algunos genetizados, y comenzó a golpearlos con el fusil. Una de las horrendas frentes se abrió bajo el impacto como si fuese un tomate maduro, y el ser ex humano cayó al agua, dejando en el aire rojas salpicaduras que estremecieron a Andrés.

Mientras Jenny cortaba las amarras de proa y popa Andrés estuvo yendo de un lado a otro de la borda, golpeando genetizados con saña, como enloquecido. Sentía que aquel rumor de bestias le estaba volviendo loco, y ya no le afectaba partir frentes monstruosas ni romper brazos o piernas a golpes cada vez más brutales.

Se dio cuenta, de repente, de que el yate estaba más alejado del embarcadero, y que la masa de genetizados rugía en éste. Algunos se lanzaban al agua dispuestos a seguir a nado al yate, y tres o cuatro, que habían saltado, habían conseguido agarrarse a la borda y pugnaban por pasar a cubierta, cosa que habrían conseguido si Andrés, ahora ayudado por Jenny, no les hubiera golpeado implacablemente, rompiendo más cabezas, manos y piernas que aparecían por la borda...

El yate se movía apenas, y Andrés comprendió que tenía que subir el ancla. Corrió hacia la cabina de mandos, pulsó el botón de recogida, y dio el encendido. Los poderosos motores gemelos del yate

respondieron en el acto, y Andrés maniobró rápidamente y enfiló laproa hacia la salida. Oyó los gritos de Jenny, volvió la cabeza, y la vio tendida en cubierta con tres genetizados encima, todos emitiendo aquel odioso zumbido, y los tres disputándose el primer turno de violación. La muchacha gritaba llamándole, y estaba prácticamente desnuda ya bajo aquellas seis manos de seis dedos..., treinta y seis dedos como otros tantos asquerosos gusanos.

Lanzando un grito de rabia Andrés fijó los mandos, salió de la cabina, y utilizando de nuevo el fusil hendió el cráneo de uno de los genetizados, y lo apartó a puntapiés de sobre el cuerpo de Jenny, que pudo entonces empujar al otro. Andrés le partió el rostro con un gol pe, terminó de derribarlo a puntapiés, y se volvió hacia el tercero, que desdeñando ahora a Jenny se abalanzaba hacia él con los brazos abiertos, en los ojos una apagada expresión de determinación terca e incomprensible.

Andrés se inclinó, cargó el peso del genetizado sobre su hombro, y se irguió con fuerza, lanzándolo por encima de la borda. Agarró en seguida al anterior, lo empujó echándolo también fuera del yate, y corrió a la cabina justo a tiempo de recuperar los mandos cuando ya el yate iba a colisionar con la punta del embarcadero. Jenny yacía ahora sentada en cubierta, llorando, oculto el rostro tras sus temblorosas manos.

Dos minutos más tarde, ya dejaba atrás la barrera de arrecifes y Magic Island, Andrés volvió a fijar los mandos, echó por la borda el cadáver del genetizado cuyo cráneo había hendido, y fue a sentarse en cubierta frente a Jenny, que se había calmado y le miraba ansiosamente.

—Tranquila, cariño —dijo el español, tomándole las manos—, hemos escapado, y ya no podrán alcanzarnos. Todo va bien.

Jenny parpadeó, suspiró, y alzó la mirada hacia elcielo radiantemente azul. Andrés siguió la dirección de su mirada..., y fue entonces cuando vio las seis naves de forma oblonga y agrisado tono opaco que descendían como enormes sombras sobre la isla de Oahu.

—Oh. no —se llevó las manos a la cabeza Andrés Hernández—. ¡más bichos de éstos, no, maldita sea!

Un instante más tarde, las cinco naves primeras habían aterrizado en diferentes puntos de la isla, y la sexta amerizaba muy cerca del yate en el que habían pretendido huir Andrés y Jenny.

El pensamiento les llegó suavemente a ambos:

«"Somos enemigos de los waanos, y queremos ayudarles. Procedemos de la galaxia Kev, que fue colonia de Waa hasta la liberación. Si todavía hay aquí alguien capacitado para pensar que nos envíe su mensaje."»"No sé si pienso o pienso que pienso —envió su mensaje Andrés—. pero en cualquier caso estamos dispuestos a aceptar su ayuda."

»"¿Dónde están, quiénes son, cómo podremos identificarles?"

«"Estamos en una embarcación cerca de la nave de ustedes que ha amerizado. Somos dos terrestres, de diferente sexo, que *creemos* no estar totalmente bajo el control de los waanos. Pero por si esto les sirve de aviso de peligro creo que tenemos algo dentro de la cabeza. Algo que puede hincharse."

»"Sabemos perfectamente lo que les ocurre. Nosotros podemos eliminar eso. Pasen a nuestra nave."»

Silenciosamente, la nave que había amerizado se elevó cuatro o cinco metros, y en un instante estuvo sobre el yate. Un rectángulo metálico desapareció en el vientre de la nave, y una cabina descendió hasta la cubierta de la embarcación, sin cables visibles, simplemente volando. Andrés y Jenny se miraron, el primero paró los motores del yate, y. dejándolo al pairo, ambos se colocaron en la cabina, que regresó a la nave. Lacompuerta se cerró. Un instante más tarde, sin que hubiesen percibido movimiento alguno, Jenny y Andrés se hallaban ante un hueco frente al cual se extendía la gran sala de controles de la nave..., en la cual un reducido grupo de kevos se hallaban vueltos para poder contemplar a sus anchas a los dos terrestres.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Jenny.

Andrés se limitó a suspirar aliviado. Había esperado encontrarse ante engendros más o menos parecidos a los waanos. pero no era así. Ante ellos tenían unos seres increíblemente hermosos y con un aspecto que, más que humanos, era angelical. De forma humana, pero todos de dos metros de estatura, rubios, de grandes y hermosos ojos azules, dos brazos con manos de cinco dedos, dos piernas, una sonrisa en los labios... Solamente les faltaban las alas para ser ángeles. Su indumentaria parecía de tela de oro, ceñida suavemente a sus hermosos cuerpos, perfilando sus formas perfectas.

«"Entendemos perfectamente el significado de tu exclamación —

dijo uno de los kevos, acercándose con expresión sonriente y tendiendo su diestra—. Sed bienvenidos a bordo de mi nave. Yo soy Doron, comandante de esta nave y jefe del grupo que ha llegado a vuestro planeta."

»"Yo soy Jenny —sonrió ésta, estrechando la hermosa y fuerte mano del kevo—,y él es Andrés."

»" Nomenclaturas comprendidas y asimiladas. Sabemos que los waanos han llegado a este planeta y deseamos exterminarlos. Aunque ellos no lo saben son los últimos waanos del universo. Todos los demás han sido exterminados."

»"¿Por vosotros?", preguntó Andrés.

»"Por una coalición galaxial realizada entre colonias. Hace tanto tiempo que me temo que en este planeta no podríais comprenderlo, los seres de Waa seexpandieron en el universo colonizando miles de galaxias. Nosotros fuimos colonizados, pero finalmente nos rebelamos y presentamos batalla a los waanos. Conseguimos ayudar y liberar a otras galaxias, y finalmente, atacamos a Waa, y la destruimos. Luego, nos dedicamos a buscar por el espacio las naves de exploración y colonización waanas, algunas de las cuales, como las que comanda Taat, estaban tan alejadas de Waa que no se habían enterado de lo sucedido. Durante mucho tiempo hemos ido destruyendo naves de Waa, y no queda ya en todo el universo rastro alguno de waanos..., salvo la última nave, que queremos destruir a toda costa, pues el universo no podrá estar tranquilo mientras quede un solo waano dispuesto a ser dueño de todo, empezando por las vidas y las mentes de los seres que pueblan todo el ámbito de vida universal."

»"La nave de Taat está aquí, muy cerca —informó Andrés—, y en efecto los waanos se han propuesto colonizar la Tierra, convirtiendo a los seres humanos en seres horrendos."

«"¿Horrendos? ¿Acaso no os han perfeccionado? Esa suele ser su primera norma: perfeccionar a los habitantes de la galaxia ocupada a fin de que puedan servirles mejor. ¿No os han perfeccionado a vosotros?"

»"¿Perfeccionarnos? Han alterado nuestra génesis, han acelerado procesos humanos que tal vez se habrían realizado dentro de mil años, o cien mil, o un millón..., pero yo no diría que nos han perfeccionado. En cualquier caso, nosotros no necesitamos que nadie venga a perfeccionarnos, nosotros no deseamos que nadie vengaa alterar

nuestra génesis, que es tanto como alterar nuestro espíritu. Nosotros somos nosotros, nosotros somos como somos, y no como otros quieran que seamos. Nuestra génesis es nuestra, nuestra evolución es nuestra, nuestras mentes y nuestras vidas son nuestras. Si son peores que otras vidas es cosa nuestra. Nadietiene derecho alguno a manipularnos en ningún sentido."

«"Comprendo tu actitud, porque es la misma que tuvimos los kevos. ¿Estás dispuesto a ayudarnos a destruir a los waanos?"

»"Haré lo que sea necesario para conseguir eso", aseguró Andrés.

»"Yo también", informó Jenny.

»"Os diré entonces cómo están las cosas allá donde llegan los waanos. Ellos disponen en sus naves de un emisor de ondas que disgrega las ondas mentales de otros seres; el cerebro queda anulado, y el cuerpo deja de recibir energía, quedando así indefenso y a merced de las manipulaciones que los waanos estimen convenientes. Ese es su sistema habitual de operar con las masas, pero en ocasiones mantienen algunos ejemplares vivos en un semicontrol, a fin de seguir estudiando sus características!"

»"¡Eso debe ser lo que han hecho con nosotros!"

»"Sin duda. Y aquí han cometido un error, porque vosotros podéis ser quienes destruyan la nave de Taat, la última que queda representando a la extinta galaxia de Waa."

»"No comprendo. ¿No vais a utilizar vuestras naves para atacarle?"

»"Éramos más de cien naves persiguiendo a las tres últimas de Waa. La última vez que combatimos con ellos exterminamos dos. Taat, el más astuto de todos, escapó. Entonces nos dividimos en grupos para seguir buscándolo, y ha sido mi grupo el que lo ha encontrado. Solamente nosotros, los kevos que ocupamos las seis naves que habéis visto, sabemos dónde está Taat. Si él, con su poderío de combate, nos eliminase, los kevos, ni nadie, lo encontraría jamás, ya que esta galaxia vuestra no consta en nuestras cartas de ubicación espacial, hemos llegado aquí, supongo que al igual queTaat, por casualidad. Si él nos elimina, jamás nadie podrá ayudaros, jamás nadie conocería esta galaxia, ni la existencia de vuestro hermoso planeta habitado por seres de inteligencia inicial..."

»"¿Inicial? ¿Nuestra inteligencia es inicial?"

»"Sólo inicial —sonrió de nuevo bondadosamente Doron—. Pero espero que sea suficiente para que comprendas la situación. No deseo que mi nave ni las de mis compañeros se enfrenten a la de Taat, pues su capacidad de lucha es mucho mayor, y aunque con seis naves nuestras podríamos vencerle con relativa facilidad. no queremos arriesgarnos a que vuelva a escapar. Tú podrías conseguir que Taat y los suyos, y su nave, desapareciese para siempre."

»"¿Cómo?"

Durante unos segundos Jenny y Andrés percibieron como ondulaciones mentales que nada significaban para ellos. Pero comprendieron que los kevos se estaban comunicando entre sí, porque uno de ellos retiró un pequeño objeto metálico de los paneles de control, y fue a depositarlo en la mano tendida de Doron, que a su vez lo mostró a Jenny y Andrés.

«"Es una cápsula de koronio —informó el kevo—, un metal que puede ir cargándose indefinidamente de energía si se le conecta a nuestros autogeneradores. Cuanto más tiempo pasa, más energía van acumulando. Disponemos de muchas cápsulas de éstas en cada nave, pero una sola, esta que te ofrezco, podría desintegrar totalmente la nave de Taat. Todo lo que hay que hacer es colocarla en la nave después de haber elevado su temperatura un solo grado sobre la ambiental. ¿Podríais vosotros entrar y salir a vuestro antojo de la nave de Taat?"

»"Creo que sí. salvo que ellos adivinen nuestras intenciones."

»"No. Podéis simular que seguís siendo como ellosos han hecho, pero si mantenéis un mínimo de consciencia propia, y parece que es así, no vais a tenerproblemas."

»"Tal vez nosotros nos creemos que estamos haciendo actos voluntarios y no es así; quizá Taat es quien realmente nos ha ordenado que vengamos a tu nave."

De nuevo sonrió Doron de aquel modo bondadoso y suave.

«"Yo estoy dispuesto a correr cualquier riesgo en ese sentido —informó—. Ahora, decidme si vosotros queréis intentar liberar vuestro planeta o dejarlo en manos de Taat. El, con sólo una nave, puede reemprender un renacimiento de Waa, empezando por la Tierra. ¿Qué contestas?"

»"Haré lo que tú me digas. Iré a la nave de Taat."»

—Yo también —habló Jenny, mirando a Andrés; y cuando éste fue a protestar, ella le besó en la boca, y murmuró—: y no intentes convencerme de que me separe de ti. Ya nunca me separaré de ti. Pase lo que pase los dos estaremos juntos.

—De acuerdo, caliente Jenny —murmuró el español—. Y ojalá todo vuelva a ser como antes y podamos matarnos a polvos.

CAPITULOVII

Finalmente, casi al anochecer, Andrés y Jenny llegaron con el Land Rover a la base del volcán en el cual había escondido Taat su nave. No habían tenido la menor dificultad en localizarla: simplemente, ellos *sabían* que la nave estaba allí.

Y supieron cómo llegar a ella escalando la ladera del volcán y luego descendiendo, hasta que varios waanos aparecieron ante ellos, y uno les dijo:

—Venid. Taat os está esperando.

La enorme nave reposaba sobre el desigual lecho del volcán, en un silencio absoluto. Entraron en ella comprendiendo que Taat mantenía todos los sistemas en reposo. Simplemente, la nave estaba desconectada de todas sus actividades.

Taat, en efecto, les estaba esperando en un aposento. Les recibió con estas palabras:

—Habéis llegado aquí porque yo he querido. Yo os he guiado, yo os he permitido que llegarais, yo soy quien lo decide todo sobre vosotros. Y ahora, entregadme la cápsula de koronio activado que Doron os ha indicado que debéis colocar en mi nave.

—De modo que lo sabes todo —murmuró Andrés.

—Sé mucho más que vosotros, porque vosotros sólo sois, ahora, una parte de mí, algo que puedo controlar perfectamente. Y ahora os voy a decir algo: he permitido que las cosas lleguen hasta aquí porque deseo que Doron reúna sus naves, y entonces quizá haya llegado el momento de que les ataque por sorpresa y los destruya a todos.

—Waa ya no existe, Taat —dijo Jenny.

—Lo sé —no había expresión alguna en el horrendo rostro, en el gran ojo frontal de Taat—. Ya os digo que me he enterado de todo

utilizándoos a vosotros. ¿Por qué creéis que os he permitido conservar ese mínimo de iniciativa? Habéis sido en todo momento sujetos experimentales para mí, habéis sido mis ojos y mis oídos, y vuestra mente ha sido en todo momento sólo una extensión de mi mente. Como comprenderéis, si no fuese para disfrutar de estas ventajas no tendría objeto que os permitiera disfrutar de ese mínimo de voluntad personal, que simplemente os mantiene en pie y listos para obedecer mis mandatos.

—Es decir, que somos realmente tus robots —jadeó Andrés.

—En realidad, vosotros, los terrestres, sois muy fáciles de manejar. Y ello, porque vuestras mentes son demasiado receptivas.Además, aunque vuestra inteligencia no es tan deficiente como vosotros mismos pensáis, sí tenéis un gran defecto que os perjudica muchísimo: os lo creéis todo. Todo lo que se os dice os lo creéis, todo lo que veis os lo creéis. Es por eso que vuestras mentes son tan fáciles de manejar. Se os puede engañar fácilmente, y precisamente por vuestra gran receptividad a mensajes y consignas mentales y hasta visuales. ¿Queréis una demostración?

—Sí —murmuró Andrés.

—Venid.

Los llevó a la sala de control de la amplia torre, y allá manipuló en los mandos de una pantalla. En seguida aparecieron las imágenes de unos seres que impulsaron a Jenny a taparse los ojos y a Andrés a lanzar una exclamación de espanto y palidecer.

Los seres en cuestión parecían talmente gigantescas lombrices provistas de no menos de veinte pares de manos de tres largos dedos peludos. Su coloración era de un verde oscuro que resultaba repugnante, y había en los dos pares de ojos rojos y verdes unos destellos horrendos. Ciertamente, en contraste con el delgado cuerpo que parecía de piel blanda, la cabeza era enorme, y provista de una boca que se abría como dispuesta a destrozarlo todo con un sistema dental en forma de sierra múltiple.

—Decidme qué estáis viendo —pidió Taat.

—Unos... unos seres repugnantes... y de apariencia malvada...

—Pertenecen a una de las galaxias que colonizamos. Seres inferiores entonces a vosotros en muchos grados, pero que, cuando manipulamos su génesis, alcanzaron un grado de inteligencia tal que

finalmente incluso les permitió rebelarse contra nosotros. Estos seres que estáis viendo son los kevos. Vuestro «amigo» Doron es así.

—¡Claro que no! —gritó Jenny.

—¡Doron es de apariencia humana, y muy hermoso!

—Él ha querido que le vierais conforme a vuestros cánones de belleza que inspira admiración y confianza. Y lo ha hecho para engañaros. Os ha engañado en todo. Os diré que lo que pretende Doron es que me destruyáis a mí para ser él quien ocupe y colonice vuestro planeta. Si me extermina a mí, nada podrá oponérsele. Controlará este planeta, enviará dos de sus naves hasta que pueda comunicarse con las restante, y él será el heredero de mis conquistas espaciales, será el Gran Doron... Y vosotros no habréis ganado nada sirviéndole.

—Entonces... estamos perdidos tanto si nos ponemosde parte de él como si nos ponemos de parte tuya —jadeó Andrés.

—Exactamente.

—No es cierto lo que dices —intervino Jenny—. ¡Tú nos estás engañando, así no es Doron! ¡Él es como es, es como nosotros le vimos!

—Entonces, ¿yo también soy como me veis?

—¡Naturalmente!

—¿Sí? Pero entonces, ¿cómo soy? O mejor dicho: ¿cómo me veis?

El aspecto de Taat cambió de repente. Apareció con el aspecto del Doron repugnante de la pantalla, apareció como un ser horripilante de colores desconocidos que estaba talmente rodeado de ojos blancos, apareció como un ser humano terrestre tan hermoso que los ángeles habrían parecido monstruos a su lado, apareció como una medusa negra y transparente en cuyo interior se movían miles de gusanos rojos..., y volvió a ser Taat, tal como le habían conocido desde el principio.

Jenny estaba muda y lívida de espanto, y Andrés tuvo que hacer un tremendo esfuerzo para reaccionar.

—Entonces —susurró—, es cierto, estamos perdidos para siempre, ya nunca sabremos nuestra verdad de vida y de génesis, sino que a

partir de ahora, ya sea con los kevos o con los waanos, sólo seremos... productos fabricados por vuestra voluntad y capricho.

—En efecto. Dentro de poco, todo el planeta estará sometido a mis controles genéticos. Olvidad vuestra génesis y empezad a aprender la mía. Y ahora, entregadme esa cápsula de koronio.

Taat tendió una mano. Pareció que Andrés y Jenny hubieran quedado convertidos en estatuas, hasta que, de pronto, Andrés suspiró, irguió la cabeza con un gesto orgulloso, y dijo:

—Te entregaré la cápsula, pero quiero pedirte algo, Taat.

—¿Qué es ello?

—Destruye a los kevos... ¡Maldita sea, destrúyelos a todos! Sólo han llegado seis naves, y están desconectadas de las otras. Si las destruyes los kevos nunca encontrarán la Tierra. Y al menos eso habré hecho por mi planeta: ¡os prefiero a vosotros mil veces!

Diciendo esto, Andrés entregó a Taat una cápsula de koronio, que el waano miró con suma atención con su ojo frontal. Luego, miró a Andrés, y dijo:

—No necesitabas pedirme que destruyera a los kevos, porque ésa era mi intención, naturalmente. Y ya tenía pensada mi estrategia para atraerlos y destruirlos a todos a la vez. Son solamente seis naves. El peligro existe, pero Koo, Kook y yo ya hemos preparado nuestra estrategia. Exterminada Waa, nos instalaremos para siempre aquí, genetizaremos algunas de vuestras hembras para adaptarlas a nosotros, y empezaremos de nuevo. Acaba de nacer una nueva galaxia: Waatierra,madre de los nuevos waanos, origen de una génesis como nunca ha habido ni habrá jamás en todo el universo. Y ahora, ¡vamos a exterminar a los kevos!

* * *

De repente, en las pantallas de vigilancia de la nave de Doron apareció la información, y en seguida la imagen de la nave waana. Hubo un movimiento colectivo de alarma entre los gigantescos gusanos, y en seguida se estableció la situación de peligro y comenzó a activarse el sistema de destrucción...

«¡No! —ordenó de pronto Doron—. ¡No activéis los sistemas de disparos!»

La incomprensión reinó por un momento en la nave. Doron se acercó más a la pantalla, ondulando sobre sus diminutas piernas negras y torcidas. Se instalóante la consola de conexión general, quedando así comunicado con las otras cinco naves de tal modo que los respectivos comandantes recibieron las disposiciones telepáticas.

«No disparéis. Observad la nave de Taat. Es evidente que el terrestre no ha conseguido su objetivo en la totalidad,perosíhaconseguidoalgo...Algoestá ocurriendo en la nave de Taat.»

Las miradas rojas y verdes de los kevos estaban fijas en la pantalla donde se veía la nave waana. Había anochecido, y se podía apreciar fácilmente el escaso tono de su luminosidad, y un balanceo de torpeza en el vuelo de la hermosa nave...

»"No pueden controlar la nave. Algo les ha ocurrido, sin duda debido al koronio."

»"Sea lo que sea —le llegó un mensaje a Doron—, nunca tendremos una ocasión como ésta para exterminar la última nave de Waa y a los últimos waanos. Simplemente, disparemos, Doron."

»"¡He dicho que no! Esa nave va a caer al mar, y es posible que podamos apoderarnos de ella en lugar de destruirla. ¡Ese sería un triunfo que jamás sería olvidado en ninguna galaxia: capturar una nave waana!"

»"Puede ser peligroso, Doron. Y ahora un truco del viejo Taat. Ahora estamos los seis preparados, tenemos esa nave a tiro de nuestras seis naves... ¡Destruyámosla *ahora!"*

»"¡No! Os digo que..."»

Doron lo vio en la pantalla.

Estaba enviando su mensaje cuando vio perfectamente cómo la nave waana, que efectivamente, había parecido a punto de caer al mar, enderezaba su vuelo, dejaba de oscilar, y su luminosidad se acrecentaba de súbito a toda potencia...

Y vio cómo de la nave waana partían una docena de haces de luz, en grupos de dos, en seis direcciones.

En el mismo instante en que la velocísima mente de Doron comprendía la trampa, y sabía que cada pareja de rayos iba dirigida hacia una nave de Kev, él se desintegró. Y al mismo tiempo se desintegraron las otras cinco naves, y no quedó sobre el planeta Tierra ni rastro de los kevos. Fue como si jamás hubieran llegado a aquel lugar del universo.

* * *

—¡Perfecto! —exclamó Taat—. ¡Hemos conseguido el objetivo!

—Ha sido una buena trampa —dijo Andrés.

—Los kevos nunca han querido admitir nuestra superioridad, pero ésta es real. Tan real como la nueva etapa waana que espera al universo. Podéis estar satisfechos de que esa nueva etapa se inicie en Waatierra.

—Me gustaría ver mi planeta tal como es ahora, Taat —pidió Andrés—. Me gustaría verlo desde muy arriba, gozar de él, de su belleza.

—Sí —admitió Taat—, es realmente hermoso, Andrés. Y todavía lo será más cuando lo reformemos conforme a los cánones de Waa. No os aflija ser esclavos de los waanos, pues un esclavo waano siempre será superior a un ser corriente de la Tierra. Koo: vamos a contemplar de lejos nuestro nuevo hogar.

—Sí, Taat.

La nave waana ascendió a una velocidad lumínica. En un instante, se halló a cien mil kilómetros de la Tierra, y, directamente por el visor, pudieron verla, azul, blanca y parda, suspendida, girando, mitad de noche, mitad de día.

Jenny se puso a llorar de pronto, y Andrés la abrazó, susurrando junto a su oído:

—Dámela, Jenny: yo lo haré.

Ella le entregó la segunda cápsula de koronio. Andrés se la había pedido a Doron precisamente temiendo que Taat descubriera la

primera o detectara sus intenciones, como así había sido. Había detectado sus intenciones, pero no el hecho de que ellos llevasen dos cápsulas de koronio.

—¿Qué haces? —exclamó Taat viendo la cápsula en la mano de Andrés.

—¿Que qué hago? —gruñó el español—. Escucha esto, adefesio: ¡le vas a cambiar la génesis a tu padre!

Y mordió la cápsula tan fuertemente que provocó en ésta la subida de un grado de temperatura.

Un instante después, no quedaba en el espacio ni rastro de la nave de Waa.

Ni de Andrés. Ni de Jenny.

—Muy bien —dijo el profesor Mc Masters—, pero estamos todos de acuerdo en que a esos muchachos se les concedan los máximos honores por parte de todos los gobiernos del mundo. Esto tiene que quedar bien claro en nuestro discurso en la ONU, caballeros.

—Naturalmente —apoyó el general Bryden—. Comparado con lo que pudo haber ocurrido en la Tierra lo que sucedió fue un juego. Murieron algunas personas, es cierto, y hay que lamentarlo, pero pensemos: de no haber sido por Andrés Hernández y Jenny Kalaola estaríamos ahora en un proceso mundial de genetización módula Waa que no creo que nos complaciese.

—Habría sido horrible —aseguró Mc Masters—. ¡Maldita sea, no se puede manipular así como así el código genético de ninguna especie! Cada especie ocupa su lugar, y su evolución es cosa de ella misma. Considerando...

—Ah, no —cortó el general Tombs—, ¡nada de rollos ahora, profesor! Tenemos otras muchas cosas que hacer. Y todas ellas encaminadas a clarificar en todo el mundo lo que han hecho esa joven pareja. Cualquiera sabe por qué extraños designios tuvieron que ser un poeta español y una periodista polinesia quienes dieran sus vidas para...

—Pero... ¿de qué están hablando? —preguntó Jenny Kalaola, mirando a Andrés.

Este, que asistía con ella a la reunión de los grandes hombres, la miró y le sonrió.

—De nuestra muerte, Jenny.

—¿Qué muerte?

—Bueno, la que ellos conocen. Para ellos estamos muertos. Tú y yo estamos aquí, pero ellos no nos ven. Para ellos nos desintegramos en el espacio con la nave de Taat.

—Sí, eso creía yo también que sucedería —dijo Jenny—, pero estamos aquí, ¿no es cierto?

—Pero no con la génesis de antes —rió Andrés Hernández—. Ahora tenemos otra, Jenny. Ahora tenemos otra vida que no está al alcance de las percepciones del profesor Mc Masters y compañía. Estamos muertos de una manera, pero estamos vivos de otra manera.

—¡Andrés, ya no podremos hacer el amor! —gimió Jenny.

—Claro que si, tonta. Y mejor que antes. Antes, si querías ir a un sitio era todo muy engorroso. Ahora, si yo quiero ver España pues me traslado allá en un instante, y en otro instante vuelvo a Hawai contigo. Y si quieres acompañarme sólo tienes que desearlo. Podemos estar donde queramos y cuando queramos, Jenny.

—¿Podemos ir incluso a la Luna, a Marte, a las estrellas...?

—Podemos ir adonde nos plazca, porque eso nos permite nuestra génesis actual.

—¿Sabes adónde me gustaría ir ahora mismo?

—¿Adónde?

—¡A una cascada, para bañarnos desnudos y hacer el amor! ¡Una cascada rodeada de flores!

—Vamos, pues.

En un instante estuvieron junto a la cascada deseada por Jenny, y ésta lanzó una exclamación de júbilo.

—¿Lo ves? —rió gozosamente Andrés—. ¡Ya estamos aquí!

—Pero estamos muertos...

—¡Y dale! ¿No te digo que estamos muertos de una manera pero vivos de otra? Nuestras moléculas han tardado días en juntarse de nuevo, pero lo han hecho. Se han estado buscando en el espacio, se han integrado de nuevo. Han perdido unas facultades y han ganado otras. Supongo que, dicho vulgarmente, somos lo que la gente viva llamaría «espíritus». Pero, Jenny, tenemos a nuestra disposición toda nuestra bella y amada Tierra, y nos tenemos el uno al otro.

—Entonces... ¿es cierto que podemos volver a hacer el amor como cuando nos conocimos y tú me dijiste que eras poeta?

—Sólo hay un modo de saberlo —dijo Andrés, sonriendo maliciosamente y abrazando a Jenny—: vamos a intentarlo ahora

mismo...

FIN